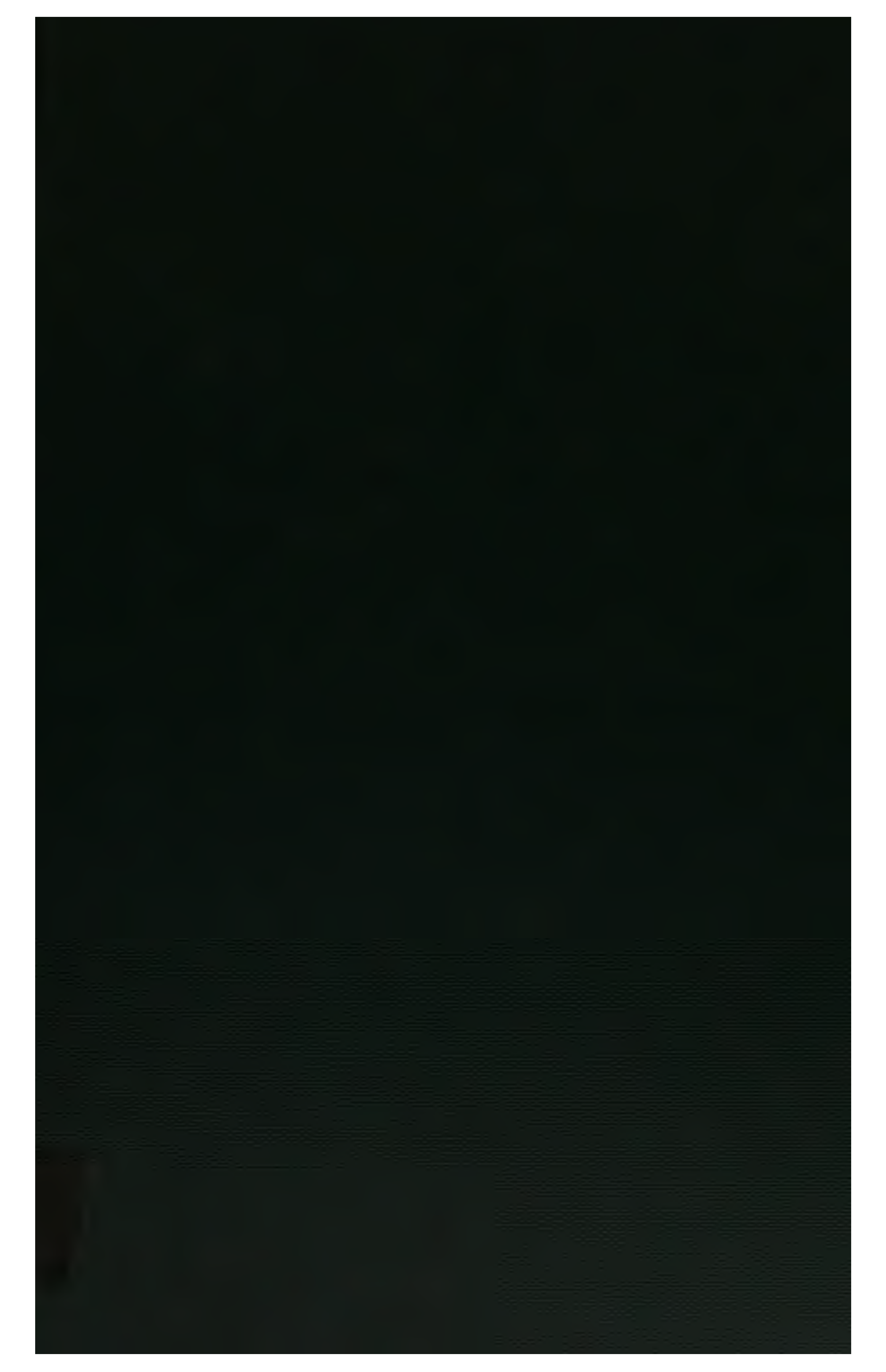



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
Isabel la Católica, 23
1873



DISCURSO

DE

DON LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

SEÑORES:

No pude nunca ni imaginar siquiera que estuviese guardado para mí un dia como este. Lleno se muestra de júbilo y esperanzas á los que en sí propios tienen que reconocer grandes méritos, y disponen de fuerzas y juventud con que pagar despues el galardón recibido; pero envuelto en tristeza, para quien se halla indigno de tan altos honores, y llega tarde si ambiciona legitimarlos. Creia yo haber cierta predestinación para Académico, y jamás eché de ver en mí ninguno de los signos que la indicaban. Así es que, primero embelesado en las aulas y cantando amores, fantaseando aventuras, cogiendo los pinceles que suelen robar su lumbre al sol y á los campos su hechizo; luego mezclando honesto deleite á la ímproba tarea de revolver leyes y decretos, durante más de veinte años, por servir á la patria (desaprovechadamente, pero con sana voluntad y conciencia tranquila), y siempre admirando vuestros envidiables triunfos y gozándome en ellos; sin el aguijón de emularlos ni sospechar que pudiera venir á sentarme entre vosotros, se me ha pasado como en ensueños la vida. De improviso me despertó el desengaño; bien que pronto

volví á soñar; cuando me prodigaron vuestros beneficios los más dulces bálsamos de consuelo.

Arrojado á estéril playa en fiera tempestad; deshecho para mí el antiguo y cuotidiano camino del foro, que indiscreto abandoné; rendidos ya los audaces bríos, que se lanzan á superar montes y montañas; y forzado al ocio, tan maquinador de desastres como propicio al estudio, quise, por el mágico poder de la fantasía, olvidar lo presente, y buscar en útiles y sabrosas lecturas la medicina que habia menester el contristado espíritu, llevándole á tiempos y lugares más apacibles y sensatos.

Hallábame quitando el polvo de tres décadas, venerable, al matalotaje de mis apuntamientos juveniles, para hilvanar con parte de ellos tal cual artículo de revista, cuando por vez primera sentí la tentación de entrar en un certámen literario. ¡Tan bello era el que acababais de abrir; era de tamaño atractivo la angustia del limitado plazo para no hacer del estudio un vago, si agradable, pero infecundo pasatiempo! Tendí por casualidad la red, y Dios me concedió la dicha de sacar en ella la trípode de oro de vuestra estimación, que llena mi alma de gratitud y alegría.

De alegría no. Es imposible llegar á sentarse en estos escaños, sin que al punto mismo no se nos aparezca la sombra de un varón famoso, recien hundido en la tumba. ¿Cómo en aquel sillón vacío dejará de sorprenderos cien veces la engañosa ilusión de que le ocupa todavía el querido é inolvidable compañero, de elevada estatura, blonda melena, pálida color, mirar indeciso, voz melodiosa y reposada, y el cuerpo marchito y doblado, no al peso de la edad, sino al de la incesante fatiga? Uno de vosotros, por reglamentario precepto, hállase

bosquejando en estos instantes la biografía de D. Eugenio de Ochoa. Quede para tan docta pluma quilatar el mérito del escritor, y déjeme aplaudir su incansable laboriosidad; indague por qué tan estrechamente vino á estar encarnado en su siglo; yo me deleitaré reconociendo sus virtudes insignes de esposo y padre, y las atenciones que le debí como excelente jefe mio: averigüe y ponga en claro su vida; yo elogiaré su cristiana muerte.

Es costumbre y obligación precisa de los que suben á este encumbrado y soberano alcázar de Minerva, ofrecer en ocasión tan solemne frutos literarios escogidísimos, cual testimonio de reconocido ánimo, y como dote del ingenio para suplir en ulteriores escaseces. Pero, cuanto á mí, ha de padecer excepción la regla, tocando á vuestra generosidad suplirlo todo. Agoté mi reducido caudal y mis fuerzas al presentarme y batallar en la liza que hicisteis franca; y poca vendimia puedo ya henchir con mi rebusco. Imitaré, no obstante, á pobre morador en las ricas orillas del patrio Darro, que afronta las inclemencias de la corriente y del cielo, por ver si lavando afanoso las menudas arenas del rio, le depara su buena suerte algunos granillos de oro.

Y no haré mal en seguir tan buen ejemplo, agolpándose ahora como nunca en mi mente, y á no poder más, los recuerdos del suelo en que nací, los risueños dias de la juventud, las lecciones de aquel que me dió el ser, y cómo las sabía referir á los bellísimos objetos que nos cercaban en torno. ¡Cuán frecuentemente, paseando por los amenos pensiles de la Alhambra, facilitábame el conocimiento y solución de los más difíciles puntos de Derecho, de Historia, Gramática y Literatura! ¡Cómo lograba que todo en derredor me

hablase y ofreciese amplia enseñanza y doctrina! ¡Cuántas veces, á la caída de la tarde, en esas mismas orillas del Darro, parados á oir cantar á la vihuela un romance morisco, entre el gorjeo de los ruiseñores y el lejano ruido de la ciudad, allá en los hondos y floridos cármenes que ciñen el camino de la fuente del Avellano, aquel alma que tanto amé engrandecia mi alma recitándome él propio romance, para que lo saborease yo y lo apreciase literaria, histórica y gramaticalmente! Á su acento, de sin igual hechizo, parecía que se poblaban de moros gallardísimos las retorcidas calles del frontero Albaicin, y de apuestas damas los afiligranados miradores del Genaralife, y que traía el viento á mis oidos el eco de los atabales y clarines de Bibarrambla.

No se apartan de mí aquellas dulces memorias; y así os ruego que me permitais sacar de ellas el libre asunto de mi discurso, exponiendo algunas consideraciones sobre la teoría métrica de los romances castellanos.

¡El romance! Hé aquí una palabra que envuelve para nosotros un mundo de ideas. Ya simboliza tanto así la índole y orígen de nuestra lengua castellana, como su más propio, genial y característico metro; y ya despliega ante los ojos una era magnífica de gloriosas hazañas, de hidalguía, de valor y de fé, diez siglos de héroes, para cantar los cuales falta voz á la épica trompa, y cuyo menor rasgo, una sola situacion, una sentencia, una palabra no más, bastan para completar el cuadro más admirable, y enardecer la fantasía, y embelesar el ánimo con suavísimo deleite.

El mismo nombre de *romance vulgar castellano*, ú si quier dialecto usado en *Castilla*, análogo al que la plebe y campesinos de *Roma* hablaban ya en el siglo de Augusto, publica

ser nuestra lengua una de aquellas, unidas entre sí por estrechos vínculos de parentesco y semejanza, que al roce continuo de las lenguas traciopelásgicas, ó grecolatinas, con las célticas (todas ellas de origen comun), brotaron pronto en Italia y España, en la Helvecia romana y Galia meridional, y en las comarcas del Pruth y del Danubio.

Ocasión de nacer y desarrollarse á maravilla tales dialectos fueron los ejércitos romanos, compuestos de extrañas gentes y naciones, y durante una y otra centuria adscriptos á determinado territorio [1]. Urgíales convenir en muy aceradas si bárbaras voces de mando, para la instantánea obediencia; ser por todas partes con claridad entendidos, lo mismo el capitán que el soldado; y poseer un molde comun, donde á estilo semítico (es decir, conforme á la construcción gramatical más lógica y sencilla), vaciar seis docenas de vocablos de uso forzoso é inmediato para la vida, y fáciles de retener en la memoria. Acercóse, pues, todo lo posible el idioma de los vencedores al de los vencidos, sin dolerle de modo ninguno renunciar á sus muy ostentosas galas y formas, á la declinación del nombre, á la armónica voz pasiva de los verbos; y sobre todo al hipérbaton ó sea colocación afectiva de las palabras, desenfadada y caprichosa, como hija de los vehementes y erráticos movimientos del ánimo, pero sumisa y dócil á las tiránicas leyes musicales del oido.

Corrompido el latin, vino á partirse en tantos dialectos hermanos, cuantos sugería la índole, genio y lengua peculiar de cada tribu y provincia, donde se detuvieron largas edades y con vivo tesón las romanas legiones [2].

El romance castellano balbuceaba ya, sujeta apenas la Cantabria, en la era de Augusto; y desde entonces, aun por

las más breves y fáciles inscripciones latinas, gustaba de asomar á toda hora la cabeza y darse á conocer, permutando vocales, suprimiendo ó añadiendo consonantes, descoyuntando palabras, sustituyendo á las castizas y propias del Tíber aquellas ibéricas ó fenicias que le sonaban mejor, y destrozando á su antojo la analogía y la sintáxis [3].

Pocos siglos despues convertíase el buen latin, bajo el imperio visigótico, en patrimonio exclusivo de la religión y de la literatura, de los palacios y asambleas; creciendo y arraigándose entre el vulgo la que había de llegar á ser lengua de Cervantes [4]. La cual tomó prodigioso vuelo en el punto mismo que, á la heroica voz de Pelayo, renació España libre, católica y pujante, en los valles de los cántabros y astures. Fugitivos y hechos guerrilleros el monje, el letrado y el áulico, sin otro alimento que la miel de abejas labrada en las hendiduras de la roca, ni más salvación que no esperar ninguna, estuvieron muy distantes de poder emular, ni aun de conservar siquiera, los primores del clásico latin y su pureza y elegancia. Érales necesario expresarse con menos estudio que sencillez de corazón, sentir la fuerza de la palabra, poseer las más comunes y expresivas, no las más sonoras, exquisitas y bellas; y para mayor claridad, escribir mezclando dos hablas, la nueva y la vieja, el latin y el romance. Ambos aparecen fraternalmente abrazados en los diplomas eclesiásticos y civiles del principio de la reconquista; y muestran formada y perfecta la nomenclatura castellana de sitios y lugares; bien deslindados los vocablos ibéricos, fenicios y griegos, que sobre los del Lacio habian de prevalecer; trocada la directa y propia significación en muchos de estos últimos; transformado en artículo, ó séase perenne siervo y acompa-

ñante del nombre, el tercero de los pronombres personales; y fija y corriente la sintáxis castellana [5].

En resolución, á ese latin rústico, á esa lengua del pueblo se refieren hacia el año 615 las expresiones de San Isidoro *Hispani vocant, vulgus vocat, corruptè vulgo dicitur.* Á ella, mediado el siglo IX, aluden las de *ubi dicunt* y *vulgus dicit,* que ofrece un documento de los obispos Severino y Ariulfo, refugiados en Asturias. Mientras tanto apellídanla *romance* los mozárabes de Córdoba (*romancium* vale «conversación romana», *romanum eloquium*), en mi opinión, porque árabes y mozárabes llamaban «romanos» (de الرومى arrumí, *romanus*) á los cristianos independientes, y á cuanto les pertenecía desde el mar de Grecia á las orillas del Duero [6]. Y prosiguen muchos diplomas designando el lenguaje popular con las frases de *usitato vocabulo, in more rustici loquutionis, vulgo vocatur,* hasta que en 1147 no se cansa de llamarle *nostra lingua* el cronicón latino de Alfonso VII, emperador de las Españas. Verdad es que ya entonces el *Poema del Cid* colmaba de orgullo legítimo y de satisfacción indecible á la castellana Musa. La cual, restaurado en 1215 el puro latin de Cicerón, se entra prepotente por catedrales y monasterios, suntuosísimos alcázares de todo saber; y allí, en las sagradas inspiraciones del monje de Berceo, nos da ya transformado en hermosa lengua literaria y artística el roman paladino,

En qual suele el püeblo fablar á su vecino.

¡El pueblo, el campamento: he aquí los artífices de la lengua castellana! Pero ni á los ejércitos ni al pueblo les basta hacerse de un lenguaje propiamente suyo: han menes-

ter una poesía, una música suyas propias también. En ellas cobran ánimos el obrero y el campesino para no postrar el cuerpo á la fatiga; en ellas el marinero, el caminante y el soldado, para espantar sus males, y no sentir las largas horas de soledad, ni el sol de julio, ni el hielo de diciembre. Y en los mismos instrumentos del trabajo, y en cuanto en derredor mira el hombre, sonidos musicales, inspiradores y misteriosos, parece que le hablan y que le estimulan á proseguir en la afanosa tarea.

Forzosamente, pues, la prosodia de la lengua, el canto, el metro, el ritmo, se acomodan siempre á las condiciones peculiares de un territorio, á la ocupación é índole de sus moradores; y de ellas reciben ser y característica fisonomía. Yo escucho en la barcarola del pescador el compás de los remos, y oigo en la seguidilla de la tejedora el castañeteo de los telares; yo percibo en la celosa y enamorada copla del aldeano el rumor del viento por los bosques, y el murmullo de los cristalinos arroyos. ¿Qué más? La alborotada canción del aragonés, y el reposo en la del astur, y la melancolía de las playeras andaluzas, no sé qué me dicen de pueblos avalentados y tenaces, de patriarcales y nebulosas montañas, y de cielos serenos, desde donde caen sobre el mar las estrellas como diamantes encendidos.

Esas continuas y dulces armonías de la naturaleza, nuevas y sorprendentes en cada región, en cada lugar, á cada hora, y siempre deleitables, determinan el rumbo de la poesía popular, su genio y forma y condiciones artísticas. No atribuyamos á eruditos y sutiles invencioneros, ni hagamos venir de figuras gramaticales, con nombres griegos ó latinos indicativos de la cadencia y rima, los orígenes del metro vul-

gar, ni los del consonante y asonante, con cuyas galas y primores se atavía. Antes que los gramáticos existió el pueblo; antes que el estudio y la crítica fué la inspiración espontánea, movido el ánimo por cuanto le rodea.

En la naturaleza, pues, en la índole sintáctica y prosódica de un idioma, en su mayor ó menor caudal de voces sobreesdrújulas, esdrújulas, graves y agudas; en poseer, ó no, todas estas clases de palabras, ó limitarse á pocas de ellas; y por último en la genial combinación ó repetición de ciertas letras, búsquese la causa de dar preferencia el pueblo, y á su vez los sabios, á tales ó cuales métros y ritmos; de aplaudir ó rechazar las consonancias; de sentir, ó no, la dulzura y singular atractivo del asonante. El gusto y el oido se educan; la costumbre y la tradición llegan á ser otra naturaleza; y si hay un arte de ver (sobre todo en bellas artes y letras, donde pocos ven aunque muchos miran), hay también un arte de oir, por lo comun instintivo.

Siendo la poesía popular aquella sonorosa voz de los sentimientos, creencias y aspiraciones de los pueblos, y constituyendo estos la humanidad, habrémos de estimar los cancioneros populares como el eco fiel de la vida humana, el destello clarísimo de la imaginación vírgen que se apacienta en ideales ficciones, el árbol misterioso á cuya dulce sombra sestea la sociedad, rendida por el cansancio y el hastío, y el templo, en fin, de cuyas paredes cada generación cuelga la tabla del naufragio en la epopeya magnífica del hombre.

Á toda hora la musa popular se inflama en el espíritu de justicia que puso Dios en nuestro pecho. Sentenciosa, moralizadora, tanto en la zona ardiente como en la nieve del polo, condena sin cortapisa el crimen y ensalza la virtud; contem-

pla brotar flores bien olientes y surgir repentinas luces del suelo que regó la sangre de un mártir, de un inocente; y ennegrecer venenosas yerbas el sepulcro de un malvado. Fatídico grazna el cuervo allí donde se perpetró el delito; y funestas aves revolotean sobre los yertos despojos del tirano. ¿Quién como ella supo nunca pintar el remordimiento? ¿Quién prorumpir en ayes más conmovedores? ¿Quién como ella acertar con el metro oportuno para que la historia rimada eternice glorias ó desdichas? Hoy mismo, al pie de los álamos del Dvina, y en los bosques de la pantanosa Lithuania, exhala

Voz de dolor y canto de gemido

un pueblo mártir, cual otro que ha veinticinco siglos colgaba sus arpas de los sauces, junto á los ríos de Babilonia. Hoy mismo, el clefta indomable, guerrillero griego que desciende como rayo desde las ásperas cumbres del Hemo ó del Ródope nevado, á saquear las almunias y alquerías del turco opresor, y á desbaratarle sus más lucidos escuadrones, canta ufano, en versos de diez y seis sílabas, de qué manera colmó de zequíes de oro á sus valientes, y guardó para el adalid la más hermosa cautiva. Ahora consagra elegía ternísima al compañero moribundo; ahora, vuelto hacia las santas imágenes colocadas en el hueco de los peñascos, díceles que no lloren, que los años, ó los siglos, vencidos por la constancia griega, restituirán al benéfico y civilizador culto cristiano tan oprimidos y barbarizados territorios. Ya vislumbra golpe de valientes que bajan á reforzarle; ya vocea que viene el enemigo; ya frenético se deleita en su destrozo. Ni más ni menos que, diez siglos hace, y en idéntica situación, el almogá-

var poeta, caminando por los desfiladeros del Oja ó del Segre, cantó, en versos también de diez y seis sílabas, la aparición de aborrecidas huestes, ó el inesperado socorro:

¡Helo, helo por do viene—el moro por la calzada!=
¡Helo, helo por do viene—el infante vengador,
Caballero á la gineta,—en caballo corredor!

ó, desde las cumbres pirenaicas, tendiendo la vista por los campos de nuestros molestos vecinos, gritó con salvaje placer:

¡Mala la ovistes, franceses,—la caza de Roncesvalles:
Don Carlos perdió la honra,—murieron los doce pares!

Y, á todo esto, me preguntará alguno: ¿cuál es el metro español por excelencia? El que elocuentemente lleva el mismo nombre solariego de la lengua castellana: el romance. Connatural y apropiado al antiquísimo idioma del pueblo español, identificado con sus heroicas virtudes y hazañas, y veraz intérprete del sentimiento y espíritu nacionales. A borbotones, y á no poder más, escápanse versos de romance en nuestra conversación diaria, en la cátedra, en el parlamento, en el foro; y sin querer y hasta con enfado se nos vienen á la pluma, porque á semejante combinación de sílabas y admirable libertad de acentos propende el caudal de la lengua y se va derecha la sintáxis castellana. Por eso, en cuanto el ingenio de los sabios y eruditos fraternizó con la musa popular, echando mano del romance y de los romances, es decir, de la lengua y de la poesía nacional, la literatura española vino á poseer su mayor tesoro, sus dos joyas más envidiables del romancero y del teatro.

¿Qué es un romance? No sé si le defina la viva expresión de la belleza, que, enardecido, el estro popular concibe, hecha por medio de la palabra rítmica, gozándose en la asonancia y en el metro más adecuado á nuestra lengua. Pero sí nos será fácil describir en el romance aquella composición poética, aislada y completa, de libre aunque proporcionada extensión, donde sin más traba que la sonora medida de versos por lo regular octosílabos, con gran variedad acentuados, y el asonar entre sí todos los impares, la musa castellana popular, y á su ejemplo y en competencia la erudita, ahora exprimen los más íntimos y vigorosos afectos y movimientos del alma, ahora nos ofrecen agitados contrastes y situaciones de la vida; ya por último se emplean en retratar con su mayor gala y pompa el bélico entusiasmo, las costumbres públicas, toda una civilización, y el perenne hechizo y espectáculo de la naturaleza.

Es, por lo tanto, lo mismo subjetiva que objetiva y mixta la índole del romance: quiero decir, que el romance se apropia todos los géneros de poesía, lírico, épico y dramático; faltando manera de considerarlo género de poesía determinado, sino forma especial característica y bella de nuestra poesía. Narra mucho, pero siente más el poeta del vulgo; nunca trata de ocultar su persona: en la soledad, en la compañía de un amigo, delante de ociosa muchedumbre, canta y abre su corazón entusiasta ó lacerado, y se halla satisfecho comunicando á los demás los sentimientos y pasiones que le conmueven. El romance se levanta con la grandeza sublime de la oda, con la seductora variedad de la canción, con el desenfado y estrépito de la ditirámbica. Suyos el candor bucólico, la melancolía elegíaca, el fuego anacreóntico, el agui-

jón satírico, los chistes y donaires, como también la pasmosa verdad de un cuadro en que los personajes bullen, hablan, sienten y se agitan al impulso de encontrados y múltiples intereses. Presta, pues, el romance su traje sencillo pero elegantísimo á la oda, á la canción, á la elegía, al idilio, al epigrama; y en cambio toma de ellos las preseas que más á cuento le vienen. Vístese, en fin, de cuantos colores puede hacer reflejar sobre cualquier objeto el prisma de la pasión, hermosos y brillantes. De aquí esos grupos que por asuntos y géneros se ven obligados á formar los colectores de tales poemas, dividiéndolos en romances amatorios, doctrinales, festivos, satíricos y burlescos; en pastoriles, piscatorios, villanescos y vulgares; en caballerescos, heroicos, noveslescos é históricos; alegóricos y simbólicos; y en moriscos, donde toman tan bella parte la historia, la leyenda y el drama.

Carecería el romance de la sorprendente novedad que producen las rimas difíciles, del ideológico hechizo que las encadena, de la oportuna concisión á que fuerzan y obligan ciertas combinaciones de metros ó la regularidad y simetría de las estrofas, si la viveza popular no se apresurara á suplir este boato y riqueza con la brevedad, claridad é incision de los destellos poéticos, y si el romance erudito careciera de arte. El cual, ahora se liga con asonancias no menos difíciles que ciertas consonancias; ahora, las más veces, se parte en estrofas, tomando lindamente respiro cada cuatro versos, y cuidando mucho de encerrar en ellos (sin que falte ni sobre) una idea cabal, una máxima valiente, un pensamiento feliz, un trecho de descripción seductora. Pero libre de la tiranía de la rima, del apremio de las combinaciones métricas y del en-

cadenamiento de versos cortos y largos, embriagado el estro con la belleza del objeto inspirador, á él solo atiende, en su luz se apacienta, y deshalado va tras él; sin que la cadencia igual le fatigue, antes bien su misterio y eficacia le sirvan de auxilio y apoyo; sin que la inspiración se rinda un punto, ni se amengüe su pureza y viril lozanía.

Esa división por estrofas, antiquísima sino constante y uniforme siempre, recuerda que los primitivos romances populares se debieron limitar á solo un dístico, á un epigrama, á una copla, dispuestos y construidos para cantarse.

Que al principio y hasta el dia de la conquista de Granada se escribieron formando cada dos versos uno solo de diez y seis sílabas, de suerte que todas las palabras finales aparecían ligadas por la asonancia ó consonancia, resulta un hecho seguro, evidenciado por el discurso y ejemplo del Ennio español Antonio de Lebrija, en su *Gramática sobre la lengua castellana*, que de los moldes salmantinos vió la pública luz á 18 de agosto de 1492. Y no podia ser otra cosa [7].

Diga lo que quiera el docto y elegantísimo D. José Antonio Conde, al anunciar en su *Historia de la dominación de los árabes en España* (Prólogo, XVIII) que de la métrica arábiga proceden sin duda nuestros romances, equivaliendo cada dos de sus versos á uno arábigo, partido en dos hemistiquios, yo tengo para mí que á toda luz arrancan de la misma fuente de que salió el *arquiloquio tetrámetro*. El cual se dijo *tetrámetro*, por sus cuatro medidas ó compases; y tomó el nombre de *arquiloquio*, porque el modelo de verso trocaico más bello y más antiguo nació en la inspiración de Arquíloco de Paros. Sujetos á la propia ley musical, empleó también

Arquíloco los versos yámbicos [8], para avivar el encono de la sátira; é hizo con ello que el zueco de la comedia y el coturno de la tragedia se apropiasen despues un ritmo tan expresivo y animado [9].

Cuando al último pie del verso trocaico le falta la segunda sílaba, denomínase *arquiloquio tetrámetro catalecto,* esto es, *falto;* cuando está completo, se le apellida *acatalecto,* como si dijéramos *cabal.*

Todos sus pies deberían en rigor ser troqueos, y así constar cada cual de ellos de una sílaba larga y otra breve; mas en los pares segundo, cuarto y sexto se permite sustituir otro pie bisílabo, regularmente el espondeo, compuesto de dos largas.

El verso *arquiloquio tetrámetro catalecto* vino luego á dividirse en dos por el hemistiquio, resultando el primero un *alcmanio acatalecto;* y el segundo, un *euripidio catalecto.* Esta forma, en que van alternando el alcmanio y el euripidio, lleva el nombre de *trocaicos dímetros,* por constar de dos compases trocaicos. Y peinan canas de venerable antigüedad ambas combinaciones métricas, pues Alcmán, contemporáneo de Arquíloco, floreció 660 años antes de nuestra salvación, y Eurípides 441.

Afirma Aristóteles no haber otro pie ninguno tan á propósito para pintar con animación y energía como el troqueo; y dice que «por él rueda el tetrámetro con sin igual sorprendente viveza».

Que era muy sonoro á los oidos de la soldadesca y de la plebe el tetrámetro catalecto, diez y nueve siglos hace, lo evidencia el maligno epigrama que, en el espléndido triunfo de las Galias y por vejámen lícito en ocasiones ta-

les, cantaban los soldados junto al carro del vencedor Julio César:

Gallias Caesar subegit,—Nicomedes Caesarem.
Ecce Caesar nunc triumphat,—qui subegit Gallias;
Nicomedes non triumphat,—qui subegit Caesarem [10].

Oprimió César las Galias,—y Nicomedes á él.
Mirad cómo César triunfa,—que oprimió al audaz francés.
Si á él le oprimió Nicomedes,—¿por qué hoy no triunfa también?

Ni el caudillo de la Legion VII Gémina, al erigir (recien fundada la española ciudad de Leon) un templo á Diana, en la misma hora de asolar Tito á Jerusalén, olvidó aquel metro popular de suyo, entre los varios elegantísimos que engalanaban el ara y las paredes, y que tan profunda, tan útil, y cabal ilustración han debido á vuestro sabio correspondiente el Padre Fidel Fita, una de las insignes glorias literarias que más deben envaneceros:

Donat hac pelli, Diana,
Tullius te Maximus
Rector Aĕnĕădum, gemella
Lĕgĭŏ quis est septima;
Ipse, quam detraxit urso,
Laude opima detulit [11].

Oh Delia, esta piel te ofrece
Máximo, el gobernador
De los bravos que militan
En la séptima Legión.
Él mismo la arrancó á un oso,
Para tu gloria mayor.

En el segundo tetrámetro de esta inscripción habréis reparado ser un dáctilo el segundo pie, y un tríbraco el quinto, reflejando el tiempo y el estilo de Séneca.

Medio siglo despues, ¿quién sabe si, rivales de Anacreonte, querian recordar el verso más preferido en las orillas del Ebro y del Bétis, así el historiador y poeta Lucio Anneo Floro, de la cordobesa familia de los Sénecas, cómo el emperador Adriano, hijo de españoles, para aquel célebre tiroteo poético?

FLORUS. Ego nolo Caesar esse,
Volitare per Sicambros,
Ambulare per Britannos,
Scythicas pati pruinas.
CAESAR. Ego nolo Florus esse,
Ambulare per tabernas,
Latitare per popinas,
Culices pati rotundos [12].

FLORO. Yo no quiero ser el César,
Revolar por la Westfalia,
Ir por Inglaterra á escape,
Sufrir los hielos de Rusia.
CÉSAR. Y yo no quiero ser Floro,
Habitar sucios desvanes,
Agazaparme en tabernas,
Servir de pasto á mosquitos.

Ha reparado el esclarecido Fita que no resuenan los tetrámetros catalectos en la lira del Lacio durante la edad clásica, á pesar de hacer su papel de vez en cuando por el drama griego y latino; y que á España, en los himnos de su Iglesia, toca el lauro de haber sido la primer nacion católica de Occidente que prohijó y ennobleció aquel metro popular, calificado ya de muy agradable por el autor de *Las noches Áticas*, Aulo Gelio, mediada la segunda centuria.

Y tal vuelo toma, que mientras artísticamente lo describe Terenciano Mauro, y el egipcio Claudiano canta en él las bodas de los augustos Honorio y María, empléale al comenzar

el v siglo nuestro arzobispo toledano Asturio para la gran fiesta de los santos niños mártires complutenses, Justo y Pastor, donde leemos esta ardiente plegaria:

Nominis tui amorem—da tuis in servulis.
Temporale nil amemus;—diligamus invicem.
Te sequamur, te canamus,—te fruamur perpetim.

En el amor á tu nombre—nuestro pecho inflama, oh Dios.
Nada terrenal queramos,—abrásenos mutuo amor.
Gócete perennemente—quien te amó, cantó y siguió.

De igual combinación métrica echa mano, para su himno á los santos alféreces de la Legión VII Gémina, el insigne Aurelio Prudencio Clemente; y del arquiloquio tetrámetro acatalecto, bien claveteado con asonancias y consonancias, se vale el divino africano San Agustin para desconcertar á los donatistas:

Omnes, qui gaudetis pace,—modo verum iudicate.
Abundantia peccatorum—solet fratres conturbare:
Propter hoc, Dominus noster—voluit nos praemonere,
Comparans regnum coelorum—reticulo misso in mare,
Congreganti multos pisces,—omne genus, hinc et inde;
Quos quum traxissent ad littus,—tunc coeperunt separare:
Bonos in vasa miserunt;—reliquos malos, in mare.....
Omnes, qui gaudetis pace,—modo verum iudicate.
Bonus auditor fortasse—quaerit, qui ruperunt rete?
Homines multum superbi,—qui justos se dicunt esse.....
Ipsi tradiderunt libros,—et nos audent accusare,
Ut peius committant scelus,—quàm commiserunt et antè.
Quum possent causam librorum—excusare de timore,
Quòd Petrus Christum negavit,—dum terreretur de morte.....
Quod persecutio non fecit,—ipsi fecerunt in pace.
Omnes, qui gaudetis pace,—modo verum iudicate.
Custos noster, Deus magne,—tu nos potes liberare
À pseudoprophetis istis,—qui nos quaerunt devorare?....
Cantitamus vobis, Fratres,—pacem si vultis audire:
Venturus est judex noster,—nos damus, exigit ille [12].

Decid, los que amais la paz,—ahora y siempre la verdad.
El ver tantos pecadores—suele á muchos conturbar:
Por ello bien nos advierte—la Divina magestad,
Comparándonos su reino—con la red echada al mar.
Varios, innúmeros peces—envuelve de aquí y de allá;
Pero, en saliendo á la orilla,—los sabemos separar:
Se echan en vasos los buenos;—arrójanse los demás.
Decid, los que amais la paz,—ahora y siempre la verdad.
¿Quién rompió la red? pregunte—el buen oyente quizá:
Hombres que, ardiendo en soberbia,—por justos quieren pasar.
Contra la eterna palabra—de Dios frenéticos van;
Y pretenden acusarnos,—doblando así la maldad.
Busquen disculpa en el miedo—á su hazaña criminal,
Que, también por miedo, á Cristo—negó San Pedro tenaz.
Lo que no pudo el martirio,—hoy puede la iniquidad.
Decid, los que amais la paz,—ahora y siempre la verdad.
Padre y custodio del hombre,—sumo Dios, líbranos ya
De estos mentidos profetas—que nos van á devorar.
La paz, la paz os cantamos,—hermanos, si de oir gustais:
Os damos paz, Dios la exije;—y á todos nos juzgará.

Hé aquí, Señores Académicos, en el año 393 y en África, el ejemplar más antiguo, precioso y completo de un popular romance, con su rima peculiar, é inalterable medida octosilábica; pero escrito de manera que cada dos versos forman uno solo, á fin de que terminen todos en idéntica vocal, la *e;* sin que deje ni por descuido el poeta de aprovechar cuantas infinitas asonancias y consonancias de todo género se le vienen á tiro. De esto á la asonancia constante y única, no hay más que un solo paso.

Los ecos de que hace alarde, apacibles y deleitosos al oido, insistiendo en que suene siempre una misma vocal en el fin del verso, y el comenzar por el mismo estribillo las veinte estrofas de tan larga composición, evidencian que este salmo de San Agustin contra la facción de Donato, se escribió para cantarse, y fué un verdadero himno popular [14]. Lo fué sin

género de duda: terminantemente lo afirma así el propio santo en una de sus obras [15].

Pero cuenta que por ningun título se le juzgue al divino africano inventor de semejantes poemas asonantados, ni vacile nadie en sostener que para la crítica literaria ese *romance* (pues *romance* á boca llena lo podemos llamar) representa algo más que un hecho aislado y solo. Romances en púnico y en latin, octosílabos y rimados, hacíalos el cristiano pueblo de África, desde el mar de Atlante á los confines de Egipto. Por manera que, si concediéramos haber contribuido, siglos despues, los moros á pulir y acreditar en las regiones del Andalucía el verso octosílabo asonantando, esto no se habría de estimar sino como reflejo de la antigua civilizacion cristiana del África, muy conforme al de la civilizacion popular que resplandeció en las comarcas del Bétis.

El orígen de tales poemas, históricamente, se ha de buscar en el texto hebreo de los salmos *acrósticos*. No soy yo quien aventura la proposicion: es el águila de Hipona quien la evidencia. Al terminar su sermon XXXII sobre el salmo CXVIII, advierte no ser otra cosa los *versos abecedarios* sino ruda expresion del original davídico, distribuido en octavas perfectas, cuyas letras iniciales responden todas, por su turno, á las del alfabeto hebreo. Trataron, pues, de acercarse en lo posible, al tipo hebraico los salmos africanos, disponiendo con análogo artificio los periodos; pero se quedaron por bajo del modelo, dejando de repetir siempre la misma letra al principiar cada verso de la estrofa [16]. En cambio, no obstante, y para compensar este defecto, discurrieron el primor de atribuir una misma desinencia vocal á todas las palabras finales de los versos tetrámetros, enlazando así por idéntico

final sonido los segundos hemistiquios de todo el poema. Esta fué quizá la pauta, seguramente hermosa, que nuestros castellanos romances tuvieron para colocar en los versos pares ó segundos la rica pompa y atavío de la asonancia.

¡Qué cuadro ahora se dilata rápido y bello ante mis ojos! ¡Qué pincel tan diestro sería menester para copiarlo! El sagrado himno de la Iglesia, influyendo á maravilla desde el principio en regenerar y enaltecer las canciones populares; Plinio el joven, asegurando á nuestro español Trajano, emperador de Roma, cuán sencillos, puros é inocentes eran los populares himnos que á su dios Cristo elevaban reunidos por la noche los inofensivos cristianos; Clemente de Alejandría, coronando con un delicioso canto popular sus tres libros de *Paedagogo*, á fines del siglo II; San Ambrosio, San Agustin, San Paulino de Nola y Prudencio Aurelio Clemente, cerrando con sus fervientes himnos y populares cánticos la época romana; y siguiendo su ejemplo un San Leandro de Sevilla, un San Braulio de Zaragoza, y los demas grandes padres de la Iglesia visigótica de España! Pero este cuadro de fecunda y salvadora enseñanza, donde se han identificado la lengua, la poesía y la literatura del pueblo y de la Iglesia, merece pintor más hábil que yo, crítico más sagaz, y otra sazón y espacio.

Corta vida tienen los himnos populares, que no brotan de un sentimiento universal, necesario y profundo, porque poco vive toda composición de circunstancias: pasa luego y sumérgese en el mar del olvido, si la historia ó un ingenio feliz no la eternizan. Más prolongada existencia en las poesías tradicionales suelen alcanzar los héroes del pueblo, y aun los mitos que él se forja con nulidades y tristes medianías, cuando no

se los depara dignos la Providencia; sobre todo, si el nombre del adalid va unido á terribles catástrofes, á grandes hazañas, ó á inolvidables sucesos. Consérvase, purifícase y embellécese primero su memoria en los cantos del vulgo; y luego viene el analista á desenclavijar el romance y á engastarlo severo en el breve cronicón ó en la historia bien pulida y concertada. Sin embargo, himnos, héroes, literatura y lenguaje clásico húndense con la civilización que les dió ser; y solo el genio de la lengua, unido al de la patria, no caen envueltos y deshechos en ruina tan lamentable.

Ni el genio de nuestra lengua ni el de nuestra patria se extinguieron allí en la hoguera donde, al grito vandálico de los siglos v y vi, fueron cenizas todos los templos, todos los edificios, estatuas y pinturas, obra admirable de la constancia y laboriosidad de diez fecundos siglos. El fuego devoró los monumentos literarios de las sesenta y cuatro naciones, eternamente rivales entre sí, que habitaban y componian la península ibérica; y abrasó los anales de tantos reyes y caudillos como las hubieron de agitar; y las gramáticas, ponderadas por Estrabon, de tantas y tan diversas lenguas como hablaban; y las leyes en verso, de los sabios turdetanos; y sus poemas y crónicas, de antigüedad pasmosísima. Pero ni allí, ni menos en la otra implacable hoguera encendida por el sanguinario y codicioso musulmán, habian de perecer los gérmenes vivificadores de nuestra lengua, el hazañoso espíritu de nuestro pueblo, su metro favorito, y las preseas que discretamente le engalanan. Eso no pudo nunca la tiranía. El espíritu popular y el genio de la lengua no son del hombre, vienen de orígen más alto.

Si á nosotros hubiesen llegado una sola poesía vulgar tar-

tesiofenicia, y otra béticolatina, y otra hispanovisigótica, en todas tres, de seguro, hallaríamos idéntico aire de familia, igual ritmo y octosilábica medida, y parecidas asonancias y consonancias. Respetaron los voraces siglos á un Mela, á dos Sénecas, á un Lucano, un Marcial y un Floro, celebérrimos españoles; mas no hubo para las tradiciones y poesías del pueblo ni leve recuerdo siquiera. La Iglesia española, la Iglesia universal únicamente habian de ser las que para sus cánticos eligiesen el metro popular; y en él nos conservasen, ya con los sagrados himnos del aragonés Prudencio, ó del francés Cayo Sidonio Apolinar, ó de Sexto Álcimo Ávito, arzobispo de Viena, las cristianas memorias y piadosas leyendas de los que sellaron con su sangre la verdad católica, ó prepararon y afianzaron la unidad, la libertad y la grandeza de España. Aun su triunfo resuena por todos los templos del orbe en el popular tetrámetro de Venancio Honorio Fortunato:

Pange, lingua, gloriosi Lauream certaminis.	Canta, óh lengua, el sacro lauro de la más gloriosa lid.

Por lo que toca á nuestra España, desde la hora misma en que se alza contra el alárabe ópresor, comienzan á figurar documentalmente las poéticas inspiraciones del pueblo. Deshechas y como prosa, deslízanse por el adusto cronicón, luego que algunas vislumbres de historia entran á competir con el simple y descarnado registro de príncipes y de batallas campales. Allí donde os salgan al encuentro un suceso inesperado, una situacion interesante y patética, deteneos; y encontraréis que no ha tenido más trabajo el historiador, que el de podar, estirar y descomponer un popular romance. Os lo harán manifiesto multitud de versos íntegros, y asonancias y

consonancias que llegan á dar enfado. Abrid sinó el cronicón de Isidoro de Beja, escrito en 754 (cuando iban transcurridos cuarenta y tres años de la pérdida de España), y leed la tragedia miserable del caudillo de los berberiscos, Munuza, y de la cristiana y hermosísima Lampegia. Este adalid ajusta paces con el Duque de Aquitania, Eudón; logra la mano de su hija; y ofendido de los árabes, ganosos de beneficiar en solo su provecho la conquista, declárase independiente. Caen sobre él los hijos del desierto, le sorprenden en sus fortalezas de la Cerdaña; le abandonan sus parciales, y tiene que huir con su esposa por el riscoso Pirineo. Alcanzado, mal herido, y ya desesperando salvarse, arrójase á morir desde una tajada peña; mientras, los enemigos cautivan á la gallarda francesa, y la arrancan del suelo natal para el califa de Damasco.

Munuza se rebela y muere en 732; veinte y dos años adelante escribe Isidoro de Beja; pero tiempo hacía que ya los animados romances del pueblo cantaban el arrojo y despecho del berberisco, su alianza con el duque de los francos, la irritación que esta noticia produce en el palacio de los valíes, el ímpetu de Abderramán saliendo contra el rebelde, y cual le cerca, y le arrebata sus partidarios, le persigue, acosa y hiere; pagandó así Munuza con su propia sangre la que de tantos cristianos derramó; y en sed horrible, la del ilustre obispo Anabado, á quien hizo perecer en la hoguera. Avanza Abderramán contra Francia, desbarata á Eudón, roba é incendia alcázares y santuarios; pero Cárlos Martel se le opone, le vence en la batalla de Poitiers y le extermina con todos los suyos.

Púes, Señores Académicos, no son otra cosa los párrafos 58 y 59 del cronicón del Pacense, que un popular romance, por supuesto rimado y octosílabo, con el cual forja su rela-

ción el cronista; sin empeñarse en deshacer todos los versos, ni destruir todas las asonancias y consonancias. Dígalo este trecho:

Sed expeditionem praeli
Agitans Abderraman—(ille) supramemoratus,
Rebellem inmisericorditer—insequitur conturbatus.
In Cerritanensi oppido—(Munnuz) repertur vallatus,
(Et) obsidïone oppressus,—et aliquandiu muratus,
Statim in fugam prosili—ens cedit exauctoratus;
Et qui á sanguine Christiana—nimium erat crapulatus, etc.

De una muy sentida elegía popular se valió también, poco antes, Isidoro para llorar la pérdida de España, la iniquidad de Oppas, el afrentoso patíbulo de ilustres príncipes y virtuosísimos ciudadanos, y el cautiverio, el fuego, el hierro, el hambre yermando la tierra.

Todavía no ha transcurrido un siglo: vive en Córdoba, por los años de 830, el docto Vincencio que juntamente con los santos defensores de la única verdad y de la patria, Eulogio y Álvaro, es gloria y ornamento de los mozárabes andaluces. Pues suyo acaba de descubrir el Sr. D. Javier Simonet un salmo penitencial, de veinte versos dobles octosílabos, donde intencionalmente domina la asonancia, y muy rara vez aparece sustituida por la aliteración ó el consonante. Hé aquí su principio:

Deus, miserere mei,—Deus, miserere mei:
Miserere, miserere,—parce in peccatis meis.
Alme rector et redemptor,—cernuo vultu praecamur:
Qui venisti liberare—sauciumque telis gravem.
Tu me libera de penis,—pone finem malis meis:
Ablueque tanta gessi,—nec sinas baratro mergi.

¿Lo veis? Del metro popular se sirve el sabio y cristiano poeta, verdadera y estrechamente unido al pueblo en los

dias de la cautividad; y á los romances populares acuden obispos y monjes para componer sus crónicas. Sin embargo, hasta los tiempos en que muere el Cid, por los años de 1109, no llegan á verse escritos ni el idioma ni las inspiraciones del vulgo. Eran también las de los doctos aquella musa y aquella lengua; y á pesar de ello, las han estado vistiendo y disfrazando á la latina.

Alcanzan por fin venturoso triunfo el habla y la poesía nacionales; pasan á la escritura; y aun cuando pertenezcan á hombres eruditos las obras que de tan revuelta edad han llegado á nosotros, por ellas de vez en cuando levantan la cabeza el genio popular y su verso octosílabo asonantado: es decir, la poesía y el metro por excelencia españoles. Consigue el Cid señaladas victorias; y prorumpe en cánticos la entusiasta multitud, ahora celebrando las novelescas mocedades, ahora despues los invencibles hechos del héroe. Muere; y en seguida los eclesiásticos sabidores dictan el poema latino, para extender á los confines de Europa la envidiable fama del adalid. Apenas se han cumplido tres lustros; y ya el cronista echa mano de tan preciosos materiales, bosquejando la curiosísima historia que se intitula *Gesta Roderici Campidocti*.

Pues ni el docto que refunde en uno los varios cantares de la juventud de Rodrigo, y á su gusto los adereza; ni el que artísticamente escribe los poemas castellano y latino del hazañoso capitán; ni quien dispone su crónica, han sido potentes para arrebatar espíritu y forma al populár romance que beneficiaron en el contexto del libro. ¡Oh, cuál en nuestros dias se goza la crítica, dentro y fuera de España, buscando y señalando en tales monumentos las asonancias constantes, los versos octosílabos, los trechos de romances despedaza-

dos, que publican á voces quién fué el primero que dió forma poética al recuerdo y tradición de un hecho heroico, avalorándole con vivas imágenes y candorosas reflexiones! El primer autor de tantas bellezas fué el pueblo.

En vano los monjes eruditos ó los remilgados áulicos, dueños de la ya formada y armónica lengua castellana, la quieren subyugar al exámetro y pentámetro de Grecia y Roma, ó á los monótonos y acompasados alejandrinos de Francia. En vano desprecian los asonantes como una rima tosca é imperfecta, y los llaman *consonantes mal dolados*, que vale tanto como no bien aderezados y pulidos. En vano se guian por un arte convencional y engañoso, desconociendo la naturaleza de nuestro idioma, el temple de nuestro oido, la peregrina filosofía y significación de la asonancia. Más sensato el pueblo, desoye las sutilezas de poetas engreidos: sigue cultivando con amor el asonante; y, ó no se sujeta á combinaciones métricas regulares, asiéndose á toda clase de versos; ó en el trance de adoptar una medida uniforme, se decide por la octosílaba, por la que le fué siempre de mayor facilidad y gusto.

Ocurre, aun sin mediar el siglo XII, un hecho digno de observación: el de querer los autores del *Libro de los Reyes de Oriente,* del poema de los *Reyes Magos* y del de *Santa María Egipciaca,* unir la forma erudita de entonces á la índole de las composiciones populares, semilírica, semiépica, semidramática.

Lo agradece y aprovecha la musa vulgar, pero prosigue su camino. Y cuando el sabio rey D. Alfonso concibe el pensamiento, felicísimo aunque no se logre, de componer una historia universal, y echa los magníficos cimientos para la de España, centenares de veces se ve en el trance de tener que

apelar al testimonio de los juglares y de los cantares de gesta, para merecer crédito en las batallas y desafíos del francés Cárlos Mainete con el moro Bramante, prendados ambos de Galiana la bella; en los infortunios del Conde Sancho Diaz de Saldaña y heroicos hechos de Bernardo del Carpio; en las novelescas aventuras del hazañoso Fernan Gonzalez; y en los crímenes de muchos condes de Castilla, familia de Atridas tan bárbara como valiente.

¡Con qué arte cuida el maravilloso prosista de inspirarse en los cantares de la muchedumbre y descomponerlós, tomando y reproduciendo de su caudal frases hechas, refranes, máximas é intencionados estribillos! Pero tan seductora fué siempre la armonía de la métrica vulgar, que en varios pasages embriaga al diestro y bien apercibido historiador, forzándole á que se deslice por su pluma el vocinglero asonante.

Alfonso, cual magnánimo príncipe, ama á su pueblo y goza en identificarse con él; y cual sabio, es poeta, y gusta de los sabios y eruditos. ¿Qué estraño que al prorumpir en alabanzas de la Santísima Vírgen y referir sus milagros, en làs *Cantigas*, se afane porque el estro popular y el erudito aparezcan hermanos? Divide en estrofas de ocho versos octosílabos muchos de sus cánticos, libres los versos impares y aconsonantados los pares, variando el consonante al comenzar cada estrofa; menos el último pie, que igual en todas, se une á los del córo ó estribillo. Sin embargo, la lira del poeta rey desaira y esquiva el asonante.

Pero siglos vendrán que reconozcan su valor y hermosura; y los altos y envidiables ingenios lo elegirán para cantar en verso octosílabo soberanamente acentuado, la epopeya de la conquista de Granada, el descubrimiento y prodigio de un

mundo ignoto, y la vida y costumbres de aquella pléyade insigne de palacianos y guerreros que llena el mundo con su nombre, ahora sean nietos del sarraceno invasor, ahora de los valientes que desde Covadonga y Huesca le empujaron y acorralaron hasta las cumbres del Atlas.

Razón es ya que me dé prisa á terminar mi discurso, donde poco ó nada nuevo me habíais de oir sobre nuestro verso de romance, eminentemente popular en su espíritu, y gallardamente español en su forma. Escrito desde el año 393 á 1492, así por la pluma de San Agustin y Vincencio de Córdoba, como por la de Antonio de Lebrija, de suerte que diez y seis sílabas constituyen un solo pie con dos hemistiquios iguales, hace ostentación de su indudable origen grecolatino y de su noble procedencia. Realzado por el asonante y el consonante, sin distinción primero, con divorcio despues, y siempre disputándose la preponderancia uno y otro, ayer vencedor y hoy vencido, testifica los eternos celos y perpetua lucha entre el arte popular y el erudito. Y, cifrado en la rima el adorno característico del romance, desde que se le siente y descubre ya comunicando su metro y ritmo á los cánticos de la Iglesia iberoromana, hispanovisigótica y castellanomozárabe, yá embelleciendo los epigramas de muchos sepulcros, ya animando los descarnados cronicones, hace suponer que sin dificultad nos pudo venir del Oriente, en remotísimas edades:

Ex Oriente lux, historia, poesis.

Con efecto, poblada en un principio de fenicios la Bética, mantuvo larga y filial comunicación con Siria y Palestina. La juventud de los lusitanos y cántabros envejeció durante

el siglo de Augusto en las romanas legiones de Judea, cual lo patentiza, fuera de otros, el insigne bronce de Clausenberg, conservado en Ennyd, ciudad de Transilvania. Y los desfiladeros del Tauro y los siriacos muros de Isso y de Antioquía, en el año 194, contemplan las victorias alcanzadas por mi compatriota el cónsul Publio Cornelio Anulino, legado del emperador Septimio Severo, con intrépida hueste que pudiera denominarse española. Allí los soldados españoles que seguian la fe de Cristo, y los qué andaban perdidos aún en las tinieblas del error, y los idólatras, debieron oir seguramente al siro Bardesanes y á su hijo Harmonio, grandes hereges, pero valientes y famosísimos poetas, que en lo sonoro y deleitoso de las rimas cifraban la mayor seducción de sus himnos y salmos [17].

¿La rima no vino hasta entonces á España, en alas de las disputas religiosas? ¿O por el contrario, usábala ya de antiguo nuestro pueblo? ¿Érale ya peculiar el asonante, esa dulce y suave melodía que únicamente á oidos españoles fué otorgado sentir y apreciar, esa gala bellísima, propia y exclusiva de nuestra métrica, ese alma y corona del verso á quien da movimiento y vida? Temo que no se llegue á descubrir jamás si nos vino de fenicios y penos, en edades remotas; ó si nació de la impaciencia de turdetanos y celtíberos, harto impetuosos para reproducir con esmerado artificio y puntualidad las rimas orientales; ó si los músicos, pidiendo á los poetas que les hiciesen versos terminados en idéntica vocal, fueron causa de que poco á poco el asonante se derivase de la aliteración, cuando comenzaron á decaer el habla y el imperio latinos.

Yo sin embargo le quiero ver en la misma naturaleza de los primitivos idiomas españoles; y mejór, en la del que hu-

bo de prevalecer sobre todos llamándose lengua castellana.

Cinço no más sus letras vocales, y muy claras, distintas y sonoras, la que está acentuada en el cabo del verso, ahora se apoye con suavidad en la que le sigue, ahora no la acompañe otra final, ella sola se enseñorea de la frase y vibra enérgicamente en nuestro oido. Búscanse entonces y líganse por ocultas y sorprendentes afinidades todas las últimas palabras de los dobles hemistiquios, y surge el romance con su mayor belleza y lozanía.

Lo que en sana crítica no se podrá nunca aventurar, es que á los árabes haya debido ni origen ni perfección de ningun género el verso de romance. Y si alguien, para decir que pudo ser, alegase unas palabras con que San Álvaro de Córdoba puso fin á su *Indículo luminoso*, año de 854, no hay duda, ese las ha comprendido mal [18].

Nada de esto se opone á que la métrica de los agarenos cuente con cierta manera de asonante. Sí, le usa tambien; pero ¡cuán distinto del que sentimos los españoles! Por regla general, los segundos hemistiquios de los versos árabes concluyen todos en una letra consonante idéntica, movida por sonido vocal idéntico también. Pero en determinadas composiciones se prepara este ritmo cuidando de que las letras posteriores á una quiescente y anteriores á la final rimada, vayan movidas por el mismo sonido vocal. Seame lícito demonstrarlo con un ejemplo, valiéndome de voces castellanas. Supongamos que la rima es *do*, y que las otras vocales de la palabra son la *a* y la *i*. Pues la métrica de los árabes aceptará como rimas, *plácido, rápido, árido, pálido;* y rechazará *cándido, cántaro, ábrego, mágico, análogo y ángulo*. ¿Por qué? Ó porque han sobrevenido letras quiescentes, ó por ser diver-

sas las últimas consonantes, ó las vocales penúltimas [19].

Nótese ahora por qué rumbo tan opuesto caminan el asonante arábigo y el asonante español. Todas esas palabras asuenan igual y clarísimamente en nuestro oido. Tiene rima la poesía de los árabes; y tiene al propio tiempo, cual la de griegos y latinos, cantidad silábica; pero en la rima desempeña el papel principal la letra consonante. Nosotros, por el contrario, desconocemos la cantidad, la suplimos con el acento; y como el acento solo puede caer sobre una vocal, resulta que la vocal acentuada y el eco de la que va despues, son las que engendran y deciden el asonante.

He llegado al fin de mi discurso. Con lo dicho hasta aquí pretendo hacer valer en este sitio la opinión de que de Grecia y Roma, ó tal vez de Fenicia, proceden nuestros versos octonarios, y que del Asia nos pudo venir la rima. He sustentado hallarse delicadamente dispuesto por la naturaleza el oido español para gozar el deleite de la asonancia; hecho á ella por la costumbre de siglos y siglos; y que asonante y verso octosílabo, en perenne consorcio brotan espontáneos de la índole prosódica y musical de la lengua castellana. Libre por él la imaginación popular de las trabas de un arte exquisito, y abierta á los arranques y exaltaciones del sentimiento verdadero, seméjase á pujante río que de inmensa altura se precipita, y luego serpea cristalino y manso por los valles, cubriéndolos de verdor y fragancia. ¿Queréis conocer al pueblo y sus costumbres? Estudiad sus romances. ¿Queréis cercioraros del diferente ideal poético de la corte y de la aldea, del hombre de la naturaleza y del de la sociedad, del erudito premioso y del indocto inspirado? Acudid á la inmaculada flor del sentimiento, á la embriagadora música del alma, á la

poesía popular; que arranca de lo interior del hogar doméstico, alboroza en el dia festivo la plaza pública; y resuena á toda hora por las sendas y caminos, por los talleres honestos y las pastoriles majádas. ¿Queréis contemplar la historia viva de diez y nueve siglos? Atended á la solemne y misteriosa voz que sale del cementerio de la aldea, y de entre las santas ruinas del cenobio y del templo, de entre los despedazados torreones, y de las empobrecidas villas y solitarios alcázares, llenos un tiempo de animación y de vida.

Señores, permitidme una palabra más, y concluyo. Esa voz recuerda á los hijos de una misma patria, el valor y entusiasmo, la abnegación y admirables proezas, la hidalguía proverbial, la fé y el ardimiento de sus mayores. Esa es la voz del soldado español que guarnecía los desfiladeros en las montañas de Judea, mientras Tito consumaba el ejemplar castigo de la ciudad deicida; esa la voz de los valientes que recobraron con el Cid, palmo á palmo, la perdida tierra; y en Italia siguieron las huestes de Gonzalo de Córdoba, la del Duque de Alba en Flandes, la de Hernan Cortés en Otumba, y las de Álvarez, Palafox y Castaños en Cataluña, Aragón y Andalucía. El impetuoso guerrero que paseaba largas horas por el adarve de un castillo, ó se encumbraba dias y dias en las enriscadas atalayas vecinas á las nubes, ¡cuántas veces recordó los cielos patrios y la imagen de su amada; cuántas besó la trenza de sus cabellos, la flor que en ellos relucía, la banda que le bordaron sus manos, la pluma que le aderezó para el yelmo! Y, enardecido con estas memorias, no pudo hallar bálsamos al apasionado corazón, sino dando á los vientos su amorosa querella en el metro y ritmo dulcísimos de la patria.

NOTAS.

[1] Gozábase la dominadora ciudad (por testimonio de San Agustin) no solo en imponer su yugo, sino su lengua latina á los pueblos que sujetó por el rigor de las armas. Pero astutamente cuidadosa de enflaquecer y desangrar á las naciones sus amigas y confederadas, al propio tiempo que á las sujetas y vencidas, á todas arrebatábales sus vigorosos mancebos, empleándolos años y años en la ruda faena militar muy lejos de la patria. Mermadísimos volvian á ella, encanecidos los más, y no pocos en número casados con extranjeras mujeres, hablando harto viciada y corrompida la lengua que aprendieron en el regazo de sus madres. El altivo y ya domado cántabro, que vió la luz del dia junto á las siempre verdes guájaras en donde nace el Ebro, fué con los africanos gétulo y moro á rendir sus fuerzas y á prodigar su vida, un siglo y otro siglo, en las montañas de la remota Judea, siguiéndole esclavizada gente de las áureas márgenes del Tajo. El várdulo, espontáneo auxiliar de Roma, que no vencido, guarneció las fortalezas del Támesis. Y el noble astur, el gallego, el lusitano, en fin los españoles todos, mísero conjunto de sesenta y cuatro naciones, fieramente rivales entre sí, con lengua, religión y costumbres desemejantes, constreñidos, por su gran división y consiguiente flaqueza, á ser lamentable juguete de forastero enemigo poderoso, militaron y guerrearon durante muchas centurias bajo la tiranía brutal de césares y augustos, en Inglaterra y Alemania, en los grisones y tiroleses, en Hungria, Transilvania, Moldavia y Valaquia, y en los dálmatas, búlgaros y servios. Igual trastorno padecian los demás pueblos del mundo: ninguno vivió tranquilo en su propia casa, empleándose cada cual en oprimir la ajena.

Verdad es que, hecha del orbe entero una sola ciudad,

> Fecisti patriam diversis gentibus unam,
> *Urbem* fecisti, quae prius *orbis* erat,
>
> RUTILIO,

Roma no fué ya sino su más populoso, magnífico y aristocrático barrio;

prestándole cualquier región de Europa, Asia y África, por apartada que fuese, valentísimos capitanes y los señores

Ante quien muda se postró la tierra.

Así el Guadalquivir y el Miño pudieron enriquecer al Tíber con los mejores césares en un Trajano y un Teodosio; y darle el Guadalete y el granadino río cónsules como Lucio Cornelio Balbo y como Cayo Valerio Végueto y Publio Cornelio Anulino, venturoso adalid en Siria contra Pescennio Nigro á favor de Septimio Severo.

2 Cuando determinado territorio conserva todavía su primitiva lengua (por ejemplo, el de los vascones), afírmese que allí la dominacion romana fué transitoria y material, no moral, profunda y perenne.

3 Un sabio milanés, altísimo honor de nuestro siglo, el autor incomparable de la *Historia universal*, ha puesto fuera de toda controversia y duda, con firmes documentos, que el latin rústico, desde la segunda guerra púnica hasta la caida del imperio de Occidente, no fué otra cosa que la formación lenta, progresivo desarrollo y perfeccionamiento cabal de la lengua italiana: la cual es locura creer que por ensalmo naciese, en la *Divina Comedia*, como Palas de la cabeza de Júpiter, ó Venus de la espuma de los mares.

Casi lo mismo, á toda luz, se ha de sustentar respecto del maravilloso lenguaje de las Siete Partidas. Registrad nuestras infinitas incripciones anteriores al Concilio de Ilíberis, y os sorprenderán á cada instante con palabras fenicias é ibéricas, y monstrando perdida la declinacion, ignorado el género de los nombres, no entendidos los tiempos del verbo, pisoteada la sintáxis latina. Allí se dice *barca* á la nave; *páramo*, á lo que la lengua romana campo desierto, elevado y frio; se apellida *quadribacio* el rico joyel de cuatro piedras preciosas unidas, como si por ventura se le quisiese comparar á las agrupadas baccas ó bayas de ciertos árboles; y el punto donde vienen á tocar las jurisdicciones de tres pueblos, se denómina *trifinio (terfinis*, tres lindes), con igual desenfado que Cervantes llamó Trifaldi, por sus tres faldas, á la Dueña Dolorida. Allí vemos calificar de *integrissimo* á un procurador de Septimio Severo; leemos *Octubris;* hallamos que el niño Domicio Domiciano *vixit anno uno, meses VI;* cierta Valeria construye en vida su sepultura, y, olvidando ser mujer, escribe en la lápida que *se vivo fecit;* allí el vocablo genérico *mulier* reemplaza al especialísimo de *uxor*, para la mujer casada; y (á la manera que hoy ciertas gentes suelen pronunciar *Cit, virtut, Madrit, cagne, sordado)* ponen muchas lápidas, en vez de *apud, quad, quod, ad, id*, las voces *aput, quoat, quot, at, it;* y confunden la *i* con la *e*, la *d* con la *f*, la *t* con la *d*, y al contrario; siendo no pocos los monumentos en que la gramática va por las nubes. Díga-

lo sino, la florentina Granada, entre los años 276 y 282, cuando en sus tres famosos barrios erige sendas estatuas al emperador Marco Aurelio Probo, y en los pedestales el Municipio Iliberritano se nombra *Ordo dedicatissimi*, desconociendo ya seguramente la declinacion y la concordancia latinas. Encontraréis por último en nuestros romanos epígrafes *cum filios eorum; pro salutem; iacet in locum Campanianensem; ob meritis; consecutus in honores aedilicios; liberti, quos honor seviratus contingerit;* y otros disparates gramaticales, y giros macarrónicos al estilo, no indignos del hermitaño Teodoro, que Bartolomé de Torres Naharro, al comenzar el siglo XVI, dibujó por el natural en su cuatrilingüe comedia *Serafina.*

4 Si escribian los españoles así como se ha visto, porque macarrónicamente hablaban así, en tiempos anteriores á Constantino, ¿qué habia de suceder luego que la ferocidad de alanos, vándalos, suevos, silingos, hérulos y godos, consumaron desde 409 la ruina de toda civilización y cultura? Si á fines del siglo III andaba ya Ilíberis tan torpe en concordar un adjetivo con un sustantivo latino, ¿era de esperar en 594 que hablase mejor allí mismo el ilustre Gudiliulko, al transmitirnos la memoria de haber construido *in locum Nativola* (donde ahora la Alhambra) tres iglesias á honra y gloria de la Santísima Trinidad, *cum operarios vérnolos*, es decir, por manos de sus siervos nacidos en casa ó empadronados en ella?

Nuestros epígrafes de los siglos IV al VIII truecan infinitas veces las vocales, permutando la *e* por la *a*, la *i* por la *e*, la *o* por la *u*, y viceversa; añaden y suprimen las que quieren; desconocen por lo general los diptongos, y los ponen cuando no son necesarios, olvidándolos casi siempre que hacen falta; la aspiración se omite ó se encaja sin tino; confunden (cual hoy mismo sucede en la pronunciación castellana) la *b* y la *v*, la *c* y la *s;* á la *c* sustituyen en ocasiones la *sc* y la *gs;* á la *z* la *d;* y á la *j* y á la *g*, la *z*. La *p*, cuando sigue á una vocal y precede á una consonante, se transforma en *b;* suénales como *v* la *f*, como *g* la *c;* y no escriben la *m* y la *s* finales, porque de cierto no las pronunciarían. El mutuo cambio del acusativo y del ablativo en los nombres, es por extremo frecuente; la conjugación padece continuos descalabros; y la construcción va siendo cada vez más lógica, directa y sencilla; tanto que, al principiar el siglo VIII, el hipérbaton puede afirmarse que ha desaparecido, lo propio en el romance que en el latin correcto. No tardará mucho en salir de la niñez y en arrinconar á su madre latina la lengua castellana.

5 ¡Cuán elocuentes son en tales diplomas del siglo VIII los nombres de pueblos, sitios y lugares: *per illum riterum de Trans-la-mata; villa de Valles; in terminum de Colinas; per illa strata de Guardia; per illas mestas de Freznedo, et ad illo pozo de Trave, in barrio de Susano, et per Peña maiore et per Peña sarnosa;* &c. En ellos el vocablo español *arroyo (arrogio, ar-*

roio), con que de antiguo los iberos llamaban á la corriente de agua próxima á un socavón mineral, donde lavaban las arenas de oro, reemplaza al *rivus* latino. Este se recorta de letras, crece en caudal y valor, y se hace *río*, jactándose de arrinconar la palabla *flumen*. El animal de carga y de continuo trabajo en la tahona, conocido por *caballus*, sabe tomar venganza del corcel soberbio *(equus)* imponiéndole su denominación humilde; y los que antes se ufanaban con el título de *equites*, se honraron con el de *caballeros*. Las matas de brezo que cubrían los collados y montes, alcanzan que por ellas toda altura peñascosa y áspera venga á ser apellidada *cerro*. El hogar ó chimenea *(focus)* logra que se diga *fuego* á cuanto arde y quema, poniendo en olvido la diccion *ignis*. El garabato para colgar carne, dicho *carnario* ó *carnero*, le cede su nombre al animal lanudo y manso que abastece más con la suya á los pueblos; y la desairada voz *aries* tiene que encaramarse en el zodiaco. *Tio* y *sobrino* parecen mejor que *patrûus*, *avuncûlus* y *nepos*. En artículo se convierte el pronombre; y con antifaz de latin, sabe en 780 campear libre y señera la lengua castellana: *Damus Sancte Marie de Obona nostras hereditates, per suos terminos antiquos: per illo rio qui vadit inter Sabadel et Villa Luz; et inde, ad illum molem de illa strada de Patrunel; et inde, per illa via que vadit ad illo Castro de Pozo, et per illo moion de inter ambos rios; excepto Villa Trice, que damus ad Doña Elo. Damus siquidem nostras criationes,..... et habeant illa hereditate de Perella. Damus siquidem, in ipsa domus Dei, viginti vacas et quinque juga boum, cum omnia instrumenta arandi, et duos carros, et viginti modios de pane, et duas equas et uno rocino. Ad ornamentum Ecclesie damus octo vestimentis, et tres mantos, et tres calices, duo de argento et uno de petra; et duas campanas de ferro, et quatuor tapetes, et tres vasos salomóniegos.*

6 El docto Álvaro de Córdoba, por los años de 860, bien se queja de los *romanos*, ú siquier legión de aventureros de toda Europa, que formaban la guardia real de los califas omeyas, muy privilegiados allí, harto ganosos de botin y de comprar ó invadir fincas de los míseros cristianos y de sus iglesias y monasterios, y que á oprimidos y á opresores hubieron de ser persecución y apoyo juntamente, recelo y esperanza.

7 Huber contradice esta doctrina, *De primitivâ cantilenarum popularium epicarum* (*vulgo* romances) *apud Hispanos formâ*, Berlin, 1844; pero la afianzan más y más cada dia los monumentos latinos que poseemos en las bibliotecas escurialense y toledana, y algun codice castellano anterior al siglo XVI.

8 Syllaba longa brevi subjecta, vocatur iambus.
Pes citus: unde etiam *trimetris* accrescere jussit
Nomen *iambeis*, quum *senos* redderet *ictus*.

HORACIO, *Arte poética*.

9 Archilochum proprio rabies armavit iambo;
Hunc socci cepere pedem, grandesque cothurni.

HORACIO, *Ibid.*

Antonio de Lebrija equipara nuestros versos de romance con el *tetrámetro yámbico* ú octonario latino: que regularmente consta de diez y seis sílabas, y por los cuatro compases ó asientos que hace, se llama tetrámetro; y por los ocho pies, octonario. Pero basta medir un centenar de versos, para convencerse de que el pie troqueo predomina, casi al triplo, sobre los espondeos y pirriquios; y al quíntuplo sobre el yambo.

Véanse algunos muy conocidos ejemplos:

Dīgās | tū, ēl | ĕrmĭ | tāñŏ, | quĕ hă | cēs lă | vīdă | sāntă,
¿Ăquĕl | cīervŏ | dĕl piĕ | blāncŏ | dōndĕ | hăcĕ | sŭ mŏ | rādă?
Pōr ă | quī pās | so ĕstă | nōchĕ, | ūn ŏ | ră ān | tĕs dēl | ālvă.

Mōrīr | sĕ quiĕ | re Ălĕ | xāndrĕ | dĕ dŏ | lōr dĕ | cŏră | zōn;
Ēnvĭ | ō pōr | sŭs mă | ēstrōs, | cuāntōs | ĕn èl | mūndŏ | són.

Hēlŏ, | hēlŏ | pŏr dŏ | vīenĕ
Ēl īn | fāntĕ | vĕngă | dōr.

Nūñŏ | Vērŏ, | Nūñŏ | Vērŏ,
Buēn că | bāllĕ | rŏ prŏ | bādó.

Gērĭ | nēldŏ, | Gērĭ | nēldŏ,
Ēl mĭ | pāgĕ | màs quĕ | rīdŏ.

Ālŏ | ră, lă | biēn cēr | că dă,
Tū que ēs | tās ă | pār dēl | rīŏ.

Mōro āl | cāidĕ, | mōro āl | cāidĕ,
Ēl dė | lă vē | llīdă | bārbă.

Mīră, | Zāidĕ, | quĕ te ă | vīsŏ
Quĕ nŏ | pāsĕs | pōr mĭ | cāllĕ.

Mālă | la ŏvīs | tēs, frān | cēsēs,
Lă cā | ză dĕ | Rōncēs | vāllēs.

Sālĕ | la ēstrē | llá dĕ | Vĕnŭs
Āl tiĕm | pŏ que ēl | sōl sè | pṓnĕ.

Ēnsī | llēnme ēl | pōtrŏ | rūciŏ
Dēl āl | cāidĕ | dė lōs | Vēlĕz;
Dēnmĕ | la ădār | gă dĕ | Fēz,
Ý lă | jācè | rīnă | fuērtĕ.

Pŏr ā | rrīmŏ | su ālbōr | nōz,
Ý pōr | ālfōm | bră su ă | dārgă.

Ÿ sĭ | no ōsās | sālīr | sōlŏ.
Ēl dēl | gādŏ | păpĕl—rāsgă.
Dūlcī | sĭmŏ | Jĕsūs | mīŏ.

Patentemente hallamos que nuestro verso de romance se mueve con variedad y hermosura por dos, tres y aun cuatro acentos, dominantes á un tiempo mismo; que siempre ha de estar acentuada la séptima sílaba;

sin perjuicio de llevar acento, muchas veces, la tercera y primera; no tantas la quinta y segunda; menos la cuarta; en rarísima ocasión la sexta; y la octava jamás. Bien hubo de observar en 1574 el diligentísimo Gonzalo Argote de Molina que los pies de nuestras coplas redondillas castellanas, y por tanto los de romance, conforman con el verso trocaico de los poetas líricos griegos y latinos, más antiguo que el metro español, como que ya le usaron Anacreonte en sus odas 2.ª, 4.ª, 5.ª, &c., Marciano Capella en sus bodas mercuriales, y en ciertos himnos Prudencio. Los poetas cristianos más modernos (advierte) dieron á este verso la consonancia que ya *en la lengua vulgar* tenia.

Otra observación y concluyo. En latin, los versos yámbicos terminan casi todos por esdrújulos; y castellanizados, no resultan de ocho, sino de siete sílabas. Dígalo sinó el himno de Prudencio á San Vicente mártir (*Peristeph.*, v., 313-316):

Psallentis audit insŭper
Praedulce carmen mártyris,
Cui vocis instar aémulae
Conclāve reddit cóncavum;

ó bien su idilio bellísimo á los Inocentes:

Salvete, flores Mártyrum, &c.

Sin embargo, escritos la mayor parte de los himnos de la Iglesia en dimetros yámbicos, formando estrofas de cuatro versos, por razonable exigencia de los cantores, sirvieron de norma estas cuartetas (fuerza es reconocerlo) para distribuir de igual suerte nuestros más pulidos romances.

10 Suetonio, *Divus Iulius Caesar*, XLIX.

11 Fita, *Epigrafía romana de la ciudad de León*, 133.—*Legio VII Gémina*, en el *Museo español de Antigüedades*, I, 454.—Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, 2660.

12 Esparciano, *Vita Hadriani Imperatoris.*—Sarmiento, *Memorias para la Historia de la poesía*, 57.—Fita, 145.

13 Sancti Aurelii Augustini Hipponensis Episcopi *Operum Tomus Nonus*, Paris, por Muguet, 1694, p. 1-8: *Psalmus contra Partem Donati.*

14 Principia cada estrofa por la letra del abecedario que en órden sucesivo le corresponde, hasta la *V* inclusive; y consta de doce versos cada cual, en remembranza de los doce apóstoles seguramente, salvo la *C* y la *Q*, tal vez, si no hay misterio en ello, por defecto de los copiantes. Corona las veinte estrofas un epílogo de treinta versos; con lo que suben á doscientos ochenta y seis de á diez y seis sílabas, todos los de este verdadero romance.

[15] "Volens etiam causam Donatistarum ad ipsius humillimi vulgi et omnino imperitorum atque idiotarum pervenire, et eorum, quantum fieri posset per nos, inhaerere memoriae Psalmum, *qui eis cantaretur*, per latinas litteras feci; sed usque ad *V* litteram. Tales autem *Abecedarios* appellant". *Retractat.* I, 30.

[16] "Illud sanè sciant, qui hoc in graeca et latina scriptura (Psalterii), quoniam non illic servatum est, invenire non possunt, omnes *octonos versus* in hebraicis codicibus, ab ea *quae illis praeponitur*, littera incipere. Quod multo diligentius factum est quàm nostri, vel *latine*, vel *punice*, quos *abecedarios* vocant *psalmos* facere consueverunt. Non enim omnes versus donec claudatur periodus, sed solos primos ab eadem littera incipiunt quam praeponunt".

[17] Bulletino *dell' Instituto di correspondenza archeologica*, Roma, 1848, p. 24–26.—Guillermo Henzen, *Inscriptionum Latinarum selectarum amplissima colléctio* (Orelliana), Turici, 1858, n. 5433.—Teodoro Mommsen, en las actas de la Real Academia de Ciencias de Berlin, 10 de enero de 1860.—Emilio Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlin, 1869, n. 2073.—José Simon Assemani, *Bibliotheca*, I, 132.

[18] "La juventud mozárabe (dice el párrafo 35), llena de vida y hermosura, corre desatinada en pos de los libros caldeos, los busca, revuelve y estudia ansiosa, deléitase con solo ellos, de solo ellos habla; y cristiana, desconoce su ley; y latina, ha olvidado su lengua. Hace tambien versos arábigos mucho más pulidos que los de nuestros opresores, y adornando con más hermosura que ellos las cláusulas postreras, ligadas todas á idéntica letra final. Y segun que pide aquel idioma, señala con ápices y puntos las vocales que riman entre sí, gustando á veces de que las letras de todo el alfabeto, segun su orden, vayan por muchos y diversos vocablos atándose á una misma terminación, ó á un sonido semejante".

Otra cosa no se infiere de aquí sino que los mozárabes enriquecian la métrica de sus dominadores con los más bellos adornos de la poesía nacional. De otro modo, resultaría que tan egregio varón incurrió en lo mismo que censuraba, pues Álvaro, como poeta, se valió de la rima; y hay versos suyos leoninos, que no los tienen más difíciles y aconsonantados los siglos posteriores.

Que veneraban como santo los cordobeses al docto Álvaro en 961, consta por el calendario ú santoral de Recemundo, obispo iliberritano, publicado por el diligente bibliógrafo italiano Guillermo Libri, é ilustrado sagacísimamente por el Sr. Simonet.

[19] Sylvestre de Sacy, *Traité de la prosodie et de l'art métrique des arabes*, 37–41–43.

CONTESTACION

POR

DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

Señores:

Ha terminado el nuevo Académico su discurso ponderando cómo rebosa nuestro corazón si le exaltan la alegría ó la tristeza; y cómo, enardecido así, tiene forzosamente que dar á los vientos y hacer públicos los afectos vivísimos y las encontradas imaginaciones que le agitan. Y siendo ello verdad, ¿podría yo reprimir en esta hora solemne los incesantes latidos de mi pecho, al contemplarme desde tan encumbrado sitio llevando la voz de la Academia Española y dando la bien venida á un escritor modestísimo, pero dueño y maestro del habla castellana, y poderoso á maravilla para arrancar del olvido y mandar que del sepulcro se levanten, llenos de lozanía y de esplendor, los hombres y las edades que pasaron? Tal aclamasteis á D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, al ceñirle por su libro de Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza el laurel que inmortaliza á los ingenios; y yo no he de ser quien le escatime la alabanza.

Cuando, anónima y sin poder nadie ni imaginar siquiera cuya fuese la obra, comenzó desde el *Prólogo* á cautivar la atención de todos vosotros, constituidos en tribunal justo y

severo; y cuando en esos furtivos comentarios que no esquiva ni aún el juez más adusto, se reflejaba la curiosidad, la sorpresa y la complacencia en vuestros semblantes, recelé que inmutado el mio, vendiese mi secreto. Cuando creíais tener ante la vista el hechicero panorama de la región tropical, su naturaleza virgen, sus lagos y volcanes, sus monumentos ciclópicos, el bien trazado y maravilloso cuadro de la incomparable civilización española en Méjico, sus pacíficos y activos ciudadanos, sus doctos escritores, sus repúblicos insignes; y murmullos de general aprobación vibraban en mi oído, estremecíame al considerar si descubrirían mis ojos que estabais aplaudiendo á mi hermano. Cuando admirabais, no en confuso tropel y como en noche de pesadilla, sino á la clara luz del sol y con verdad pasmosa, la muchedumbre de mejicanos sapientísimos que engrandecían el ingenio de Alarcón, en el año de 1608, é ilustraban los conventos, el foro, el palacio de los vireyes, las academias y escuelas; y viéndolos moverse, discurrir, hablar en el soberano idioma de Cervantes, uno de vosotros congeturó que sin duda el autor debía de ser algun esclarecido literato de América, temía que mi lengua tartamudeara «Es mi hermano». Cuando por la pintura y relaciones de Sevilla, otro compañero repuso que más bien un hijo del plácido Guadalquivir, hecho á cruzar los mares, y enriquecido por la galana frase y pujante imaginación propias del suelo andaluz, me figuré que mis labios balbuceaban «Es mi hermano». Cuando encomiabais paladinamente el fiel retrato de la espléndida corte del tercero y cuarto Filipo, y de sus empresas políticas y guerreras, novedad y hechizo de sus espectáculos, valor de sus próceres, magnitud de sus ingenios, á Góngora, Alarcón, Lope y Cer-

vantes redivivos; y cómo la más profunda crítica literaria y el juicio histórico más firme se encubrían y arrebozaban con el ligero manto de sabrosa narración, pugnaba por salírseme del pecho: «Ese pintor, ese crítico es mi hermano». Y cuando á un Académico elocuentísimo, avecindado ahora no lejos de las márgenes del Elba, pareció, en su entusiasta fogosidad, ser corto el premio ofrecido y quiso dilatarle, se iba á escapar de mi boca: «Tened, que el autor es mi hermano».

¡Oh, ya es fuerza que rompa mi voz su largo silencio, hasta aquí por justos respetos oprimida! ¿Qué noble espíritu ha de condenar que ponga yo en su punto el galardón, para hacer notoria toda la gratitud de mi alma? Aquella franca manifestación de vuestros sentimientos hidalgos, de vuestra aprobación espontánea, de vuestro libérrimo juicio individual, sin presión ni cortapisa de ninguna clase, fué el premio verdadero, el premio de incomparable valor, fué gozo inmenso que nunca pude esperar. ¿Quién me argüirá de vanaglorioso é imprudente por divulgar escenas, que si ceden mucho en pro del laureado, ceden también en vuestro elogio? ¿Se deslucirán porque las repita yo, de pasada y como entre sombras, las alabanzas que dentro y fuera de este sitio le prodigasteis vosotros, y con vosotros la prensa madrileña, la de provincias, la de varias capitales de Europa y del Nuevo Mundo, y el público arrebatando al autor en pocas semanas la mitad de toda la edición, que obtuvo como parte del premio?

Dejadme acrecentar el júbilo de este fugitivo día con el recuerdo de aquellas horas inolvidables en que, mudo y al parecer indiferente, presencié el examen, no el fallo, del libro de ALARCÓN. Yo os doy gracias por la felicidad indescrip-

tible que durante largos meses trajo á mi corazón el amor que profesais á todo lo bello, á lo noble y generoso, á cuanto brota de estudio y aplicación bien encaminados, á todo cuanto sale de lo interesable y rastrero. Y si la pérfida ingratitud, ya sublimada y prepotente, me ladrase al oido que al proceder vosotros así, en los términos de la imparcialidad y del secreto, no hicisteis sino cumplir con vuestra obligación y con la justicia, y dejaros llevar de las circunstancias del momento, siempre avasalladoras, yo redoblaré las gracias y plácemes porque sois honrados y justos. Y estad seguros de que mi reconocimiento raya en lo infinito, porque sé muy bien que no ya de obligación y de justicia, sino de espontánea y de libre y por unánime voluntad, habeis querido que luzca para mí la grandeza de este día. Por vosotros contemplo este pacífico triunfo, las eminencias en todos los ramos del humano saber poblando estos escaños; la hermosura, sin cuya presencia no hay ni puede haber gusto completo, dando al acto esplendor y realce; y en apiñada muchedumbre la nobleza, en quien recuerda sus glorias la patria; la floridísima discreción, el estudio y la virtud, que son su ornamento; los jóvenes, en quien espera y confía. Uno de vosotros, sin recatarse, dijo (y, en la complacencia de su rostro venerable, adivino que lo está repitiendo): «Entrar aquí por voto unánime y con el libro de ALARCÓN bajo del brazo, es un título de perenne gloria para D. Luis Fernandez-Guerra; para su hermano es una dicha que no se habría de comprar con todos los tesoros del mundo». ¡Ay, si pudiera contemplar esta satisfacción inconmensurable y pura aquel á quien debí la vida, aquel padre solícito, aquel sabio que en su retiro vivió y murió, aquel dulce maestro de cuyos labios

pródigos de ciencia y erudición brotaban raudales de enseñanza; aquel que un día y otro nos monstraba de lejos, por la única envidiable corona, esta cumbre, este magnífico baluarte de la patria lengua, y el conseguir y el merecer estos grandes honores! ¡Ay, si pudiera ver logrados hoy colmadamente su anhelo y sus afanes! ¿Pero qué digo si pudiera? En este momento, desde alcázar más alto, desde imperecedero solio, se complace en la efusión de mi alma.

De las lecciones que á nuestro padre hubimos de oir mi hermano y yo junto á las orillas del Darro, donde nacimos todos tres, ha tomado asunto para disertar el nuevo Académico. Proseguiré la materia, hasta venir á parar en los romances moriscos, y en lo que debe á la hermosa ciudad del Jenil la cuerda más regalada y apacible de la lira española.

Efectivamente, desde muy remotos siglos tomaron vuelo nuestros versos de romance en los labios del centinela que paseaba largas horas por el adarve de un castillo, ó se encumbraba dias y dias en las enriscadas atalayas vecinas á las nubes. Allí el estridor del viento al romperse en las agudas esquinas de la torre, allí el monótono chirrido del milano y del gerifalte que se ciernen sobre el espacio, el lejano rumor de las cascadas, la voz del pastor, el chasquido de su honda y la esquila de los rebaños, eran elocuentes ecos musicales, y voces misteriosas de suyo, que herían la imaginación popular, inflamaban su estro, y le prestaban modulaciones y ritmos, consonancias y asonancias, y tonos de dulce y profunda melancolía. El bullicio de la plaza pública donde la alborozada niñez canta, grita y juega; la campana del lugar, que llama á la oración de la tarde; el balido de los alegres corderillos, que se apresuran á venir á los rediles; el caz

del molino, en que salta raudal impetuoso; y la azuda, que se queja al levantar el agua del río, dejaron honda huella en la imaginación del sencillo labriego hecho militar; y la lengua, la música y la poesía prorumpieron en un canto lleno de sentimiento y belleza.

La actividad es la vida; la poesía vive de la actividad; es poeta quien siente mucho, quien anduvo mucho, y atento observó las costumbres de muchos pueblos y naciones; quien abrió su alma al dulce rayo de la inspiración en la edad de buena siembra, que animan los grandes sentimientos de generosidad en toda clase de lides, y sobre todas en las de Marte y del Amor. Laureles y mirtos con nobleza entrelazados tejen la corona inmortal del ingenio en la historia del mundo.

Nuevos bárbaros han invadido á España; no vienen del Septentrión ahora, sino del Mediodía. Pero como los suevos, silingos y visigodos, recibirán los árabes y llegarán á decir suyas la cultura y civilización del incauto pueblo que subyugaron. Jamás conquistador ninguno invadió feraces territorios con el fin de labrar sus campos, favorecer la industria, premiar y enaltecer las ciencias y las artes; sino para proporcionarse vida regalona y fastuosa, templar su hidrópica sed de oro, y saciar su loca vanidad y soberbia. El gozar quedó para el señor; y el trabajar fué pensión y carga del esclavo. Si muy otra conducta siguieron nuestros abuelos en América, Italia y Flandes, atribúyase á que nunca se juzgaron conquistadores, sino descubridores y civilizadores; jamás invasores, sino mantenedores de su derecho, llevando por bandera la justicia, y por norte la fe que hizo del mundo una familia de hermanos. Véase por qué vivieron los indios

entre nuestros mayores como en paterno hogar; véase, al contrario, por qué sostuvo España porfiada guerra de ocho siglos contra el bárbaro alarbe. Durante cuya magnífica epopeya andan revueltos y mezclados siempre (ya en tregua, ó ya en sañuda lid) poderosísimos ejércitos, donde el entendimiento y la inspiración poética se despiertan y avivan con el espectáculo de tantas gentes de Europa, Libia y Asia como se aperciben para la lucha, opuestas en las costumbres, vistosísimas en los trages y armas, sorprendentes por el griterío de sus numerosas lenguas, y admirables por la diversidad de sus cánticos guerreros.

Ya en la frontera acaban de colocar su eterna liza el valor resuelto, la sorpresa terrible, la astucia aleve, el ingenioso ardid, el caso inesperado. En frontera de moros andaluces viven ya nuestros más doctos y esforzados caballeros, pues por dicha entonces soldado y caballero, caballero y soldado eran voces sinónimas. Apuestas damas viven también allí con los capitanes sus padres y maridos, y comparten con ellos la fatiga y sobresaltos de la guerra. Vístense ahora de valientes mancebos; y con fingidas ballestas y lanzas coronan las almenas, aparentando bien armados y resueltos defensores. Ya sin disfraz ninguno rechazan con varonil empuge al sitiador enemigo. Ya improvisando un verde y engañoso monte, ó ya con la lumbre de sus ojos, le atraen á celada fatal, como el fuego á la desacordada mariposa. Ya redoblan el bélico ardor de sus amartelados galanes, y con la esperanza del ansiado premio les sugieren las más atrevidas empresas. Ya por último sienten la rabiosa pasión de los celos, sospechando que al adalid aplace no tanto el brocado y la seda, cual los toscos sayales y burdas mantellinas. Y

así era la verdad. La garrida vaquera de la Finojosa de Córdoba, que sube el puerto de Calatreveño; y la sacudida zagaleja de las sierras de Jaén, cuando venía de un ganado

Que ella guardaba en Recena,
É passaba al olivar,
Por cojer é varear
Las olivas de Ximena,

hacen que el gran marqués de Santillana, Don Íñigo Lopez de Mendoza, ponga en olvido á la dama gentil, que va por los cerrados bosques sobre riquísimo palafrén, azor en mano y seguida de cazadores y sabuesos [1]. Mas no habría de faltar explicacion á semejante descamino.

La austeridad de las costumbres y el espíritu caballeresco de los fronteros cristianos tenían muy á raya, dentro de las villas y fortalezas, los ímpetus lascivos y ociosos galanteos de la desbocada juventud. Padres y maridos celaban á sus mujeres é hijas con el mismo cuidado y aun mayor rigor que los árabes, sin conceder en materia de honra ni un punto de tregua á la venganza. Pasábanlo, pues, harto mal por entonces los Tenorios de frontera; y cuando á su pertinaz deseo no cumplía la fácil conquista de interesables serranas, ó de judías, aunque infamadas, hermosas, lanzábase por intricada selva de aventuras en tierra de moros, comprometiendo no pocas veces la libertad y la vida. El peligro atrae, lo dificultoso incita, la vanagloria seduce. Érales de ayuda eficaz, sobre todo, el hablar la lengua árabe con igual soltura que sus adversarios, y el usar idéntico trage, tocándose de un almaizár como ellos, y cubriéndose de un blanco albornoz sobre la fuerte malla. ¡Oh, cuánto acechador y atrevido frontero cogió lindas rosas que en el vergel de amor se guardaban ocul-

tas para solaz de alcázares soberanos! ¡Oh, cuánta mal aconsejada mora lloró el descuido propio y la ajena osadía!

Yo m'era mora Morayma,—morilla d'un bel catar;
Christiano vino á mi puerta,—¡cuytada! por m'engañar.
Habló me en algaravía,—como aquel que la bien sabe:
Abras me las puertas, mora,—'sí Alá te guarde de mal.=
¿Cómo t'abriré ¡mezquina!,—que no sé quién tú serás?=
Yo soy el moro Maçote,—hermano de la tu madre,
Qu'un christiano dexo muerto;—tras mí venía el alcalde.
Si no me abres tú, mi vida,—aquí me verás matar.=
Cuando esto oy ¡cuytada!,—comencé me á levantar;
Vistiera me una almexía,—no hallando mi brial;
Fuera me para la puerta,—y abrila de par en par [2].

La salsa de tales fugitivos placeres suele estar en vanagloriarse de ellos: el Quérea de Terencio necesita referir al primero con quien topa en la calle, el logro de su mucha bellaquería. De la suya se ufana despues en la plataforma de la torre el fogoso adalid con aplauso de los mancebos, muéstrales allá en el remoto horizonte los jardines de Morayma, y sugiere al poeta del pueblo un tan delicado romance como el que acabais de oir. Amigos y antiguos camaradas siempre Cupido y Marte, viven de asaltos y rapiñas, y comunican acentos los más suaves á la lira de Apolo.

Nada como la vida de frontera aprovechó tanto á la formación y perfecto desarrollo de la lengua y de la poesía castellanas: una y otra crecieron á medida que más se iban encogiendo y apretando los dominios del moro. Firme se sostuvo largo tiempo la frontera en la línea del Tajo; bien supo resistir en el Muradal con que cercó la naturaleza por el norte los campos andaluces; y no cedió fácilmente la sagra donde nacian el Guadalquivir y el Segura, ni la que se dilataba por Priego hasta el Hacho de Loja. Desde allí mantuvieron los

cristianos secretas inteligencias con muzárabes y muladíes; desde allí evitaron que se apagase por completo en la mujer de la tierra esclavizada su antigua consideración de compañera, no sierva, dulce prenda, no caprichoso y menospreciado juguete del hombre; y desde allí la animaron á defender su derecho y su libertad con las armas de la hermosura, pero más todavía con la discreción y el ingenio, empeñándola en apurados lances, novelescas aventuras ó inesperadas conquistas. Y todo esto fué hacedero, porque nunca entre los mahometanos españoles vino la mujer al extremo de abyección que en Asia y África; nunca pudo la infelicidad del cautiverio arrebatar á la dama española su genial resolución y travesura, la magestad latina, la altivez y piedad visigóticas. Igual esmero puso en avalorar sus gracias naturales, que en avivar y enriquecer su entendimiento. Ciñóse el laurel del poeta y del sabio, pero con afectos de mayor delicadeza y ternura. Logró que le fuera lícito desplegar las alas de su espléndida fantasía en las academias de los árabes más doctos. Concurrió á los plácidos saraos, junto á saltadores de agua y floridos jazmines y limoneros, donde como el ruiseñor en la enramada, bellas muchachas citaristas y cantoras, detrás de los egipcianos tapices y de las altas celosías, embelesaban los sentidos. Y en justas y torneos, al estruendo de trompetas y añafiles, ocupó dorados miradores, gozándose en ver cómo al pasar ante ellos el justador que la servia enamorado, hizo que se arrodillara su corcel, y luego alzándose en los estribos le ofreció sujeto al hierro de la lanza el bordado listón, la rica joya ó la cadena de oro, premio de la fortuna y del valor en el ardoroso palenque.

La mujer fué un poderoso elemento de civilización entre

los árabes españoles; é instintivamente, el móvil oculto de la libertad é independencia de la patria, ya resistiéndose á que ellos le arrebataran su antigua dignidad, y poniéndolos en apretura de satisfacer aún el menor de sus antojos; ya dándoles admirable ejemplo de abnegación y fortaleza; y ya enlabiando, y con el canto, la música y la poesía, domesticando á los sanguinarios sarracenos. Por romper las cadenas de los que fueron sus vasallos, y sostener su fe, la mísera Egilo, esposa del último de nuestros reyes visigodos, sube al tálamo del bárbaro Abdalaziz; y la infortunada Lampegia, al del feroz Munuza, labrando juntamente con la de ambos caudillos su propia y lamentable ruina (716-732). Flora, Sabigotho, Liliosa, Áurea, y otras esclarecidas hijas de opulentos musulmanes (tal de ellas hubo, como Argéntea, cuyo padre se intituló y fué rey) sienten abrasado su pecho en la lumbre de la verdad cristiana, confiésanla públicamente; y para esfuerzo y enseñanza de los débiles, buscan y reciben la corona del martirio (851 á 931). La princesa María, de cristianos padres nacida, forma en la bondad el corazón, y en la virtud el ánimo de su hijo Abderramán III el Magnífico (900-912). Una vascongada, hermosa y discreta á maravilla, la sultana Sobh (Aurora), fuerte en su alcázar de Córdoba con la guarda leal de francos y de mozárabes andaluces, logra que nada se haga ni proyecte en palacio, en la corte, en las provincias, sin su dirección y á toda su voluntad soberana; y durante cuarenta y cinco años rige el imperio de los omeyas, ahora ocupe el trono su marido Alhacan II, ó su hijo Hixem, ahora arrastre en pos de sí á las populares turbas el impetuoso Almanzor, cruel azote de castellanos y leoneses (977-1002). ¡Qué no pueden las lágrimas de

la antojadiza sultana Romaikía! Llora, por no vivir en tierra donde alguna vez cubran la montaña rizados copos de nieve; y el rey Aben-Abbad manda poner almendrales por toda la sierra de Córdoba, para que floridos semejen las nevadas cumbres del Guadarrama. Llora, envidiando á la mujer de un tejar, que descalza revuelve el lodo para hacer adobes; y el enamorado príncipe hinche de agua de rosas, en lugar de la del río, la albuhera de Córdoba, y derrama allí abundantemente azúcar, alámbar, algalia y todas ricas especias, en vez de lodo, para que á su placer la sultana huelle aquel precioso barro (1080-1090).

¡Cuán fecundos gérmenes de poesía brotaron al calor del suelo andaluz, en la imaginación popular, excitada por el espectáculo sublime de la mujer ocupando un trono ó sumida en hedionda cárcel, padeciendo por la verdad y la justicia.

Es hoy cosa del todo averiguada y resuelta no deberse atribuir en manera alguna á los árabes de Oriente la gran civilización que allí hubo, pues toda entera pertenece á los antiguos pueblos cristianos, avasallados y oprimidos por los sectarios del Corán en tan alongadas regiones.

Lo mismo hay que decir de España. Bien ha sabido poner en su punto aquel á que llegó la civilización hispanovisigótica el docto Académico Sr. Amador de los Rios, en su admirable *Historia crítica de la Literatura española*. Y bellamente el profundo arabista y elegantísimo escritor Sr. Simonet ha llevado hasta la evidencia, en su laureada *Historia de los mozárabes de España,* cómo la gloria de la cultura hispanoarábiga toca de derecho á los muladíes y mozárabes, es decir, á los españoles que renegaron de la cristiana fe y á los que la conservaron incólume entre las persecuciones y afrentas del cautiverio.

Y no pudo ser otra cosa. Muladíes y mozárabes labraban los campos y hacían florecer la agricultura, renovando los tiempos del gaditano Columela; formaban el núcleo de la guarda fiel de los reyes, daban generosas madres á los príncipes, y tuvieron siempre á su cargo la noble tarea de imbuir en las ciencias y artes á los hijos de sus dominadores. ¿Cómo extrañar que en sentido opuesto al de asiáticos y africanos interpretasen muchas veces el Corán los árabes y moros andaluces?

Por nuestros muladíes y mozárabes la arquitectura edificó palacios tan bellos, que solamente pudo crearlos superiores en su fantasía el autor de la *Noche serena:*

> De labor peregrina
> Una casa real ví, cual labrada
> Ninguna fué jamás por sabio moro,
> La torre de marfil, el techo de oro.

La escultura, sin andarse en puntos alcoránicos, realzó con apariencias é imágenes de animales, aves y reptiles entre flores y ramos, las soberbias paredes y las arquetas de sándalo y marfil. No se detuvo en poner un gran cisne de oro sobre la fuente del salón principal, en el alcazar de Medina Azahra, y por sus jardines otros varios simulacros, de que aun da testimonio el ciervo de metal hallado entre las ruinas (936). Supo entallar cuadros de caza y combates de fieras, con rudo pero característico dibujo: y de ello es lindo ejemplo el marmóreo pilar que Granada posee, junto á la torre de la Vela, rodeado por larga inscripción arábiga, hasta hoy nunca traducida. Autorizó con leones de jaspe magníficos, ambos extremos de la alberca, en el hospital erigido á la margen del Darro por Mahomad V, el año de 1367; y vino á co-

locar en el más hechicero patio de la Alhambra la albísima pila sustentada por doce leones, á la manera que el mar de bronce del templo de Salomón, donde como bullente aljófar cae sobre el plateado mármol el agua en transparente nube, á través de la cual parece que se derrite la dura piedra (1364-1370). Ni menos el cincel tuvo escrúpulo en representar la figura humana: Badis ben Habbús, el Disoluto y Cruel aun más que el Victorioso (1037-1073), aquel rey que midió sus armas con el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, puso por veleta en su alegre palacio de la nueva alcazaba granadina un ginete de bronce, bien adargado y lanza en ristre, fácil á moverse hacia cualquiera viento, diciendo la inscripcion que así debía el andaluz volverse contra todo enemigo.

La pintura en fin, desoyendo á rígidos intérpretes del Corán, tomó tal vuelo entre los moros granadinos durante el siglo XIV, que fué mortificación y escándalo al famoso Iben Jaldun, cuando vino desde África á la ciudad del Jenil, año de 1363, segun él mismo lo cuenta en el principio de su historia [3]. Retratos y cuadros de romancescas aventuras (en bien adobados cueros, y en lienzos y tablas) adornaban los techos y muros de las casas reales y de casi todos los ciudadanos. Ya, en aquellos días, los muslimes andaluces estaban españolizados por completo. ¿Y no lo habían de estar? Hízose manifiesto en el concilio general Viennense del año de 1311, como dato firme y seguro, que á la sazón vivían doscientas mil personas en la ciudad de Granada; y no se hallaban quinientos que fuesen moros de naturaleza, porque, sobre cincuenta mil renegados y treinta mil cautivos, todos los demás eran hijos ó nietos de cristianos.

Ahora bien, la crítica escéptica y superficial ¿tendrá que

discurrir explicaciones falsas y gratuitas, al ver en el palacio real del Alhambra tres bóvedas con antiquísimas pinturas, avalorando el gran salón de Justicia, junto al patio de los leones? Hiciéronse cuando reinaba Mahomad V, y quizá entre los años de 1364 y 1370. En la del recinto principal descuellan, de cuerpo entero y con magestad retratados, los diez príncipes nasaritas que, desde Mahomad I el Vencedor por Dios, hasta Mahomad V el Contento con Dios, empuñaron el cetro granadino. Bajo un cielo estrellado se asientan en círculo sobre cogines, á estilo oriental, y muestran barba larga, envuelta la cabeza en sendos capuces, y apoyada la mano sobre el alfange [1]. En las bóvedas colaterales diseñó el pintor musulmán historias fantásticas de libros de caballerías: amenos vergeles con lagos y fuentes cristalinas; alegres arboledas, pobladas de pajarillos; ginetes y escuderos, en muy brava montería, por intrincada selva; bien torreados castillos, altos y relucientes, á cuyas puertas ó por cuyos miradores se asoman princesas encantadas, lleno su rostro de inquietud ó melancolía; caballeros que riñen por ellas descomunal batalla; encadenados leones que guardan las puertas; encantadores y brujos de espantable catadura que aprisionan á hermosas damas; y á esotra parte denodados campeones que las vienen á librar, sin curarse de malandrines y vestiglos.

Hé aquí un poema caballeresco, fiado al pincel por el ingenio de los árabes, haciendo perfecta consonancia con los libros de pasatiempo, que, amén de unas horas, formaban el corazón y la biblioteca de los cristianos fronterizos. Hé aquí las artes del dibujo ilustrando fábulas como las de *Calila é Dymna*, historias como las de *Tristán y Lanzarote*, y escenas

como las de nuestro *Romancero*; á todo lo cual hizo referencia, por los años de 1300, en la clara y llana lengua del pueblo andaluz, el santo mártir D. Pedro, obispo de Jaen, cautivo y muerto en las mazmorras de Granada: «É, amigos, cierto creed que mejor despenderedes vuestros dias y vuestro tiempo en leer é oyr este libro, que en dezir é oyr fablillas y *romances de amor* y de otras vanidades, que escribieron, de *vestiglos é de aves, que dizen que fablaron en otro tiempo*. É cierto es que nunca fablaron; mas escribieronlo por semejanzas. É si algun buen exemplo ay, ay muchas malas arterías y engaños para los cuerpos y para las ánimas» [5].

Paréceme error histórico el de haber supuesto que en España cristianos y mahometanos fueron siempre vecinos irreconciliables, cada cual dentro de su casa propia, cerrando á piedra y lodo puertas y ventanas, y abriéndolas para solo hacerse mutuo daño. Es suposicion gratuita, porque no los divídian playas como las que separan de las tierras los mares. En los territorios libres por la Cruz, y lo mismo en los esclavizados por el Corán, vivían juntos y segun su diferente religion cristianos, judíos y musulmanes; caballeros de un reino fincaban ó se avecindaban en el otro, ó se ponían á su servicio; y el día en que dos ejércitos libraron de poder á poder tremebunda batalla, uno y otro tuvieron en su campo soldados de las tres religiones, peleando allí frente á frente judíos contra judíos, muslimes contra muslimes, y cristianos contra cristianos. La guerra española de ocho siglos no fué otra cosa que ocho desapiadados siglos de guerra civil. La causa de la patria tuvo, por inescrutables designios de la Providencia, que purificarse en el crisol á fuego lento.

Al golpe del eslabón saltan las centellas. Del choque del

habla y cantilenas de los francos aventureros, con el idioma y poesía de los mozárabes ansiosos de libertad, recibió esplendor y hermosura la creciente lengua castellana; y pulimento y gallardía su metro vulgar, ó sean nuestros romances populares. En aquella guarda de tres mil mozárabes andaluces y dos mil esclavones, ó advenedizos de toda Europa, que para su alcázar de Córdoba asalariaba el omeya Alhacan I (815), aún más numerosa en los reinados posteriores, debieron fraternizar la melancolía de los sagas y de los escaldas con los himnos de la Iglesia mozárabe, areitos índicos, africanas zambras, y cantares de los etíopes; influyendo á maravilla en la poesía vulgar española, y enriqueciéndola con frases, giros y pensamientos felices, pintorescos y profundos. La atrevida huéste del Cid que, en auxilio de Aben Abbad, rey de Sevilla, y contra Badis ben Habbús, el de Granada, avasalla la campiña de Córdoba (1073); la brava gente del ricohombre D. García, peregrino en Santiago de Galicia y San Juan de la Peña, y avecindado en Murcia, cuando muy honradamente, con el estruendo de capellán y monges, cae sobre lo más agrio de la Alpujarra, por ayudar al mismo sevillano príncipe contra el rey de Almería (1084); y por último, Alfonso I de Aragon, que desde los estribos del Pirineo desciende como rayo asolador hasta los cármenes de Granada y el mar de Salobreña (1125), todos estos cristianos paladines mezclaron sus himnos guerreros, en los campos andaluces, con la salmodia visigótica de los mozárabes, tan pronto amargada por el dolor como llena de esperanza.

En los huertos y olivares del Andalucía brotaron, por último, los romances fronterizos, engendradores de los que han llegado á nosotros y nos admiran por la viveza de su inspi-

ración, por lo fresco y bello del estilo, por la claridad y armonía de la frase [6].

Á los que estudian con amoroso empeño y despreocupado juicio los orígenes de la lengua y poesía castellanas, importa hacerse cargo de un hecho, hasta ahora inadvertido. No logrando como esperaba D. Alfonso el Batallador, en su atrevida expedición á las comarcas del Jenil, despedazar el insoportable yugo de los fanáticos almoravides y erigirse libertador de los mozárabes andaluces, á la vuelta se tuvo que llevar consigo nada menos que diez mil familias del territorio granadino, muzarábigas por supuesto, las más comprometidas. Pues allí, en las márgenes del Ebro, donde aquella gente vino á fundar nueva patria, resulta, por observacion de aragoneses doctos, ser donde muy luego se hubo de hablar y se habla todavía el más correcto lenguaje castellano.

Los mozárabes, como los moriscos despues, como los judíos hoy, como todo pueblo humillado y opreso, fueron guardadores fidelísimos de la lengua, de la poesía y de las costumbres de sus antepasados. Por nuestros mozárabes sobrevivió á la ruina común y se perfeccionó la forma del romance octosílabo asonantado, de San Agustin y de Vincencio de Córdoba; y por ellos no decayó nunca el espíritu de la poesía popular, sentenciosa, moralizadora, y siempre de lo justo y santo enamorada; y jamás cobarde para llamar por su nombre al criminal y señalarle con el dedo. Yo estimo descendientes legítimos de esa poesía mozarábigofronteriza, romances como aquel de que no tuvo noticia nuestro Durán, y se escribió el año de 1368, al infestar la superior margen derecha del Guadalquivir Mahomad V, rey de Granada, contando con la traición estéril de un mal caballero cristiano:

Cercada tiene á Baeça—esse arráez Audalla Mir
Con ochenta mil peones,—caballeros cinco mil.
Con él va esse traydor,—el traydor de Pero Gil.
Por la puerta de Bedmar—la empieça de combatir;
Ponen escalas al muro,—comiençan le á conquerir;
Ganada tiene una torre,—non le pueden resistir,
Quando de la de Calonge—escuderos vi salir.
Ruy Fernandez va delante,—aquesse caudillo ardil;
Arremete con Audalla,—comiença le de ferir,
Cortado le ha la cabeza;—los demás dan á fuyr. 7

Existe, ya lo veis, antigua y constante fraternidad entre la poesía popular y la erudita: ambas se han hecho siempre mutuas finezas y regalos, siendo tarea muy difícil si no imposible, en caso de impía separación y divorcio, deslindar el caudal que pertenece á cada una.

El pueblo halla inocente complacencia en remedar á las clases acomodadas, así como estas suelen mostrarle despego. Vió que el Rey Sabio en algunas de sus *Cantigas,* y micer Francisco Imperial en las trovas á Doña Angelina de Grecia, nieta del rey de Hungría, y varios otros palacianos discretos hacían coplas de arte menor, por los mismos puntos, disposición de consonantes y división de estrofas de á ocho versos, que los de arte mayor. Y como tuvo y tiene ingenio grande, y aún más facilidad, por razon de no sugetarse como los eruditos y cortesanos á trabas caprichosas y á giros lingüísticos enrevesados, compuso también romances vulgares con igual artificio; y con tal espontaneidad y llaneza, que lengua y versificación hoy mismo parecen de ayer. Dígalo sinó aquel romance de la conquista de Antequera, escrito en el año de 1410, y cuyo lenguage llano, puro y castizo nos admira y suspende:

Sí, ¡ganada es Antequera!
¡Oxalá Granada fuera!

¶ Si! Me levantara un dia
Por mirar bien Antequera;
Vy mora con ossadía
Passear por la rivera.
Sola va, sin compannera,
En garnachas de un contray.
Yo la dixe: «*Alá çulay*».—
«*Çalema*» me respondiera.
Sí, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ Por la fablar más seguro,
Pusse mé tras d'una almena;
Un perro tiró del muro,
¡Dios que le dé mala estrena!
Dixo mora con grand pena:
«¡Oh mal hayas, *alcarrán!*
Heriste á mi *anizarán;*
Mueras á muerte muy fiera».
Sí, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ Dixe le que me dixesse
Las sennas de su possada;
Por si la villa se diesse,
Su cassa fuese guardada.
—«En l'alcazaba assentada,
Hallarás, christiano, a my
En braços del moro Aly,
Con quien vivir no quissiera.
Sí, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ »Si á la mañana vinieres,
Hallarme âs en alcandora,
Más christiana que no mora,
Para lo que tú quissieres.
Darte ê de mis averes,
Que muy bien te puedo dar,
Lindas armas é alfanjar;
Con que tu querer me quiera».
Sí, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ Dixe le que me dixesse
Las sennas de su marido,
Porque yo se lo truxesse
Presso, muerto ó mal ferido.
Dixo mora con gemido:
«Yo te las daré, *a muley;*
Aunque no eres de mi ley,
Mentir te nunca Dios quiera».
Sí, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ »Es un moro barbicano,
De cuerpo non muy pequenno;
Y aunque vive non muy sano,
Tien'el gusto falagüenno.
Mi palabra y fe t'empenno
Que aljuba lleva vestida,
De seda y oro texida,
D'aquesta mesma manera.
Si, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ »Por que non padezcas yerros,
Lleva más (escucha ó cata)
Una lanza con dos fierros,
Qu'al que hiere luego mata;
Caparaçón d'escarlata
Con el caballo alaçàn,
Borceguís de cordován,
Y de plata la grupera.
Si, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ »De mañana ân de salir
Todos á la escaramuça,
Juntos con moros de Muça,
Segund ê oido dezir.
Tú no dexes d'acudir
Á vuelta de los christianos;
Porque quiero qu'á tus manos
El mi no querido muera».
Si, ¡ganada es Antequera! &c.

¶ Ellos en aquesto estando,
Al arma toca la villa.
Dixo la mora, gritando:
«Non aguardeys más rencilla,
Echá por aquesta orilla.
Amor mio, ¿qué 'sperays?
De los moros non temays.
Echá por essa ladera.»
Si, ¡ganada es Antequera!
¡Oxalá Granada fuera! [8]

¿No os parece aquí moderna la lengua? Y ¿no os suena como antigua y semibárbara la que al mismo tiempo hablaban los poetas eruditos y cortesanos? ¿Qué fenómeno es este? ¿Producíase ya el pueblo andaluz en más adelantado lenguaje que los famosos trovadores de entonces Bartolomé García de

Córdoba, Juan Alfonso de Baena, Pedro Ferruz el viejo, Ferrand Manuel de Lando, el burgalés Alfonso Álvarez de Villasandino, Fernan Perez de Guzmán y Pedro Gonzalez de Uceda? Sin disputa alguna coexistian á la sazón ambas lenguas, porque ha habido siempre una lengua popular y otra erudita. Esos vates y el sabio Don Enrique de Aragón y Juan de Mena empeñáronse desacertados en latinizar á todo ruedo el Parnaso español, y en lisongear la conversación cortesana, de suyo caprichosa, convencional y pasagera, ayer latina, hoy gálica y mañana alemanisca. El pueblo en cambio iba elaborando lentamente y perfeccionando el idioma nacional, lógico, natural, claro, sencillo, sin aderezo ni afeite, animado por sentimientos profundos y muy pintoresca frase, al retratar su entusiasmo y eternizar entre las gentes sus hazañas.

Infinitas veces, por vanidad é imprudencia semisabias, invadió la peste del gongorismo los dominios de la literatura. Padecieron aquella lepra los tiempos de Alejandro y de Augusto, los de nuestra casa de Trastamara, los de nuestros últimos reyes austriacos. El gongorismo fué de siempre; solo que en ciertas épocas se origina del incontinente exceso del mucho saber, y en otras es aborto del mucho ignorar. Pero llega dia en que un soberano ingenio se cansa de los afectados culteranos, de los galiparlistas, de los alemaniscos, de los escritores anochecidos y lóbregos; y estudia la lengua del verdadero pueblo, y se inspira en sus tradiciones y romances. Pues en aquella hora, de repente, en esa lengua y por la pluma de nobilísimos soldados, aparecen *Las Partidas*, las *Coplas* de Jorge Manrique, las *Églogas* de Garcilaso, y *El Ingenioso Caballero Don Quijote.*

Por ventura, cotejando tales obras con muchas de sus contemporáneas, alguien repita la muletilla falsa de que el autor se adelantó á su siglo. Diga más bien que el autor estudió y trató al pueblo muy de cerca. La *Historia de Mahoma*, bosquejada en el año de 1300 por el santo mártir obispo de Jaén; las *Octavas de arte mayor* escritas por el soldado ginete Johán Galindo, á principios de 1424, en elogio de su bizarro capitán el célebre Rodrigo de Narvaez, alcaide y frontero de Antequera; y lo mismo todos los romances fronterizos que han llegado á nosotros, desde la victoria de Tarifa hasta la conquista de Granada (1340-1492), como poesías del pueblo y libro hecho para el pueblo, están compuestos en su lengua [9].

Reparad si es clara y sencilla y dramática, por aquel romance del año de 1407:

Moricos, los mis moricos,—los que ganays mi soldada,
Derribedes me á Baeça,—essa villa torreada;
Y á los viejos y á los niños—los traed en cabalgada;
Y á los moços y varones—los meted todos á espada.
Y á esse viejo Pero Diaz—prended me lo por la barba;
Y aquessa linda Leonor—será la my enamorada.
Id vos, capitan Vanegas,—porque venga más honrada;
Que si vos soys mandadero,—será cierta la jornada [10].

Decidme si no llamaríais lengua de hoy, bizarramente literaria, á la que, menospreciada por vulgar en 1425, usa aquella elegía de los fronteros de Jaén, cuando á su obispo y adalid Don Gonzalo de Zúñiga desbarataron los moros de Granada:

Ya repican en Andújar,—y en La Guardia dan rebato,
Y se salen de Jaén—quatrocientos hijos d'algo,
Moços ganosos de onra—y, los más, enamorados.
En braços de sus amigas—todos van juramentados
De no volver á Jaén—sin dar moro en aguinaldo. &c.

Veamos ahora cómo tratan un mismo asunto el popular

trovador y el culto poeta. Admírenos la suelta y descansada frase del primero; y duélanos que gaste el segundo todo su calor natural, con el frívolo empeño de reproducir en cada verso algo de la literatura clásica griega y latina. Hé aquí un ejemplo. Lamentan los fronteros de Ronda la muerte del adelantado de Andalucía, Diego de Rivera, sitiador de Álora, á quien moro aleve, desde el adarve pidiendo tregua, le dispara un flechazo. La pintoresca y sencilla musa del pueblo canta inmediatamente:

Álora, la bien cercada,—tú que estás á par del río,
Cerco te el Adelantado,—una mañana, en Domingo.
Viérades moros y moras—que iban huyendo al castillo.
Las moras llevaban ropa,—los moros harina y trigo.
Allá, detrás d'un almena,—quedado se â un morillo
Con una ballesta armado,—y en ella puesto un quadrillo;
Y en altas voces decía,—que la gente lo â oido:
«¡Tregua, tregua, Adelantado,—que tuyo se da el castillo!»
Alzó la visera arriba,—para ver quien lo avia dicho.
Apuntara le á la frente,—salido le â al colodrillo.
Toma le Pablo, de rienda;—de la mano, Jacobico;
Llevan le á los maestros,—por ver si le dan guarido.
A las primeras palabras,—por testamento les dixo
Que él á Dios s'encomendaba;—y el alma se le â salido [11].

Pues óigase este mismo infortunio, doce ó quince años después, en la docta lira de Juan de Mena; y dígaseme si en ella no parece la lengua mucho más antigua, y como celosa de la popularidad del romance:

Aquel que tu vees con la saetada,
Que nunca más hace mudanza del gesto,
Mas, por virtud del morir tan honesto,
Deja su sangre tan bien derramada
Sobre la villa *no poco cantada,*
El adelantado Diego de Rivera
Es, el que hizo la nuestra frontera
Tender las sus haldas más contra Granada.

Al popular romance alude el quinto de los versos; no hay duda; tenemos de ello prueba decisiva: recuérdese en *Las Trezientas d'el famosísimo poeta Juan de Mena*, glosadas por Fernan Nuñez, comendador de la orden de Santiago y soldado en las triunfadoras huestes de los Reyes Católicos. De esta suerte declara el pie *Sobre la villa no poco cantada:* «Álora, conviene á saber; y esto dice por un cantar que se hizo sobre la muerte del dicho Adelantado, que comienza: Álora, la bien cercada, tú que estás á par del rio» [12].

Acaba de sustentar el nuevo compañero haber coexistido siempre, desde muy remotas edades, una lengua popular y otra erudita; y que en el punto de fraternizar ambas, la literatura española se remontó á su mayor grandeza. Con efecto, en la edad romana y visigótica, hablaban el idioma de Cicerón los españoles doctos y palacianos; y el pueblo, su llana y rústica gerga. Desde el VIII al XI siglo fué dialecto sabio y de buena sociedad el bárbaro latin; y del pueblo, el román paladino. Invade pronto alcázares y monasterios este claro romance; y al mudar de trage, tiene la presuncion de mudar de costumbres: se espeta y latiniza cuanto puede, ó se afrancesa con los paladines de D. Enrique el Bastardo. Pues en aquella hora el romance del vulgo se castellaniza más, ó hablando con mayor exactitud histórica, se muzarabiza más; y da por resultado esa frase que os parece moderna, y os admira en Jorge Manrique, y os deleita en Garcilaso, y en Cervantes os sorprende y extasía. Mas, ¡oh instabilidad de todo lo humano! Cuando la lengua de estos inmortales ingenios resuena la misma por campos y ciudades, se echa encima la negra noche del gongorismo, y cubre de tinieblas los claros cielos y vergeles amenísimos de la literatura española. El

buen romance castellano tiene que refugiarse en la aldea.

Pero ya es razón que vuelva al punto de que me distraje.

¿Y qué os diré de otro romance, tres años anterior al de Álora, que retrata el asombro y embeleso del rey D. Juan de Castilla, contemplando con su formidable hueste, cuando reía la aurora del 27 de junio de 1431, la hermosura sin igual de Granada? Va junto á nuestro príncipe, y le satisface á todas sus preguntas, uno de los alahmares, D. Yuzaf Aben Almául, que acecha la hora de usurpar, como de allí á poco usurpó, el trono del Alhambra:

=Abenáhmar, Abenáhmar,—moro de la morería,
El dia que tú naciste,—grandes señales avía:
Estava la mar en calma,—la luna estava crecida.
Moro que en tal signo naçe—no deve deçir mentira.
=Yo te la diré, señor,—aunque me cueste la vida,
Porque soy hijo de moro—y de christiana captiva.
=Yo te agradezco, Abenáhmar,—aquessa tu cortesía.
¿Que castillos son aquellos?—¡Altos son y relucían!
=El Alhambra era, señor;—y la otra la mezquita;
Los otros los Alixares,—labrados á maravilla:
El moro que los labrava,—cien doblas ganava al dia;
Y el dia que no los labra,—otras tantas se perdia.
El otro es Genalarife,—huerta que par no tenía;
El otro, Torres Bermejas,—castillo de gran valía.
=Si tu quissieres, Granada,—contigo me casaría;
Daré te en arras y dote—á Córdova y á Sevilla.
=Casada soy, rey Don Juan,—casada soy que non viuda.
El moro que á my me tiene,—muy grande bien me quería [13].

Moro tambien, y moro aljamiado, paréceme sin duda alguna el poeta. Nadie me negará, por lo menos, que no fué leon el pintor. El moro que entonces á Granada tenía y la quería muy grande bien, no era otro que su legítimo rey Mahomad VIII Aláisar, á quien dos tios y un sobrino, suscitando tres inicuas guerras civiles, otras tantas veces lo arrojaron del solio. ¿Cómo habían de faltarle novios á Granada, siendo

jóven, rica y hermosa? ¿Cómo entre sus enamorados más cuidadosos y tenaces se dejaría de contar el rey de Castilla? ¿Ni cómo para la crítica literaria han de dejarse á un lado el genio y condicion social del autor de este romance? Partidario y vasallo de Mahomad, tan opuesto al foragido Almául cuanto al débil Juan el Segundo, y nutrido en la literatura y arte arábigos, aquí se muestra sin rebozo el poeta del vulgo. Canta por desusado estilo, con espíritu, forma é imágenes orientales; y nos despierta la memoria de aquellos antiguos versos árabes donde las dos reinas del Guadalquivir (Córdóba y Sevilla) se comparan á lindas y muy solicitadas vírgenes, que dan, entre sus muchos amantes, al bizarro príncipe Aben Abbad la preferencia:

Es una novia Sevilla;—es su novio Aben Abbad,
Su corona el Ajarafe,—Guadalquivir su collar.

Así acaba de traducir este rasgo un ilustre Académico, al enriquecer nuestro Parnaso con lindas poesías de los árabes de España y de Sicilia, y desplegar para ello las alas de su feliz ingenio y diccion elegantísima y pura [14].

El autor del anónimo romance á Granada, ó tiene que ser un castellano fronterizo, puesto al servicio de Mahomad, ó uno de los muladíes que hablaban la lengua amamantada y enriquecida por los mozárabes.

No hay duda, el romance octosílabo tuvo su mejor escuela entre los fronteros andaluces, y recibió allí suma belleza y pulimento. Aquellos doctos y valientes ricoshombres que vivian en frontera, tales como D. Juan Manuel, los marqueses de Villena y de Santillana, y el buen Jorge Manrique, usaron indispensablemente dos poesías: una para lucirla en-

tre eruditos y próceres, en la corte de Alfonso X, de Juan II ó de Isabel la Católica; y otra para el gasto de casa y entre familia, ahora al amor de la lumbre ó en las primaverales florestas, ya al levantar de los trigos ó en la animación de los lagares. Poesía fresca, lozana, espontánea, difícilmente fácil, la que habia de resonar entre vaqueras y vareadoras de aceituna. Poesía remilgada, artificiosa, oscura, difícilmente difícil, la que tenia que rozarse con la seda y el oro. Apta la una para entrarse dulcemente por la memoria, y transmitir de generación en generación eterno el recuerdo de los infortunios y glorias de la patria; rebelde la otra para ello. En la primera casi nunca pusieron su nombre; suscribian la segunda con vanidad: siempre se quiere más al hijo defectuoso y que cuesta mayor dolor. ¿Menospreciaron quizá el romance estimándole fácil y hacedero? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿porque lo parece? Pues parecer fácil es precisamente señal de que no lo es, prenda característica de todo lo bello y peregrino. ¿Disgustábales quizá ver al romance satisfecho con un ritmo uniforme y un solo tono musical; y juzgaron de mayor grandeza la variedad de las melodías y la revuelta selva de consonantes inesperados? Tambien el vulgo hacía versos por el mismo estilo; y sin embargo no dejaban de ser populares.

Acierta la literatura crítica al fijar lo distintivo y característico en la esencia, y lo indiferente en la forma. La dama ilustre no pierde majestad é hidalguía, porque de labradora se disfrace; y la aldeana queda siempre aldeana, aunque se cubra de perlas y de patenas de oro. El espíritu de la poesía popular y el de la erudita resultan diversos á toda luz, aun vistiendo ambas el mismo trage.

Nuestro Parnaso castellano posee *Romanceros* y *Cancione-*

ros: allí las más de las composiciones son anónimas; aquí van con nombre de sus autores las más, y entre ellos se cuentan prelados y magnates: la una se diría obra del pueblo; la otra de las escuelas y palacios. ¿Pero no tenemos también *Cancioneros de Romances*? ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la música, y nadie más que ella, fué quien puso diferencia entre la cantiga y el romance; exigiendo para la canción regularidad y simetría en las formas, novedad y sorpresa en las rimas, y variedad y animación en los tonos melódicos; y dejando al romance contento con la libertad de no ceñirse á número de versos determinado y fijo, y á recordar los antiguos, delicados y uniformes tonos de la salmodia mozárabe. Oportunamente sabrá, pues, el músico elegir para sus inspiradas armonías, ahora la canción, ahora el romance; pero el literato no confundirá nunca el romance ó la canción que dictaron el hombre de la sociedad ó el de la naturaleza, y por ventura tal vez ambos á un mismo tiempo.—¿Ambos?—¿Pues no vivieron estrechamente unidos, y en familia, durante la edad media?

El humilde trovador de frontera, ingenioso y listo, copió atento muchas cortesanas palabras de su noble amo, y las introdujo en los romances que improvisaba para regocijar el baile de la aldea. Sorpresa y deleite halló, á su vez, el ricohombre con los destellos de la imaginación impetuosa y virgen del mancebo; y supo diestro alargar la mano, recoger para sí muchas de aquellas flores arrojadas al viento, inmaculadas y fragantes, y hacer que avalorasen el ramillete destinado á brillar en los alcázares de príncipes y monarcas. Pero no cabe una misma suerte á la flor del campo y á la de soberanos pensiles: aquella vive solitaria, y muere en el ol-

vido; esta se reclina sobre alabastro y oro, y en turgentes pechos y en cabezas reales, y siglos y siglos vive con sus mismos colores y frescura en el pincel de Cotán, de Espinós y de Seghers.

Confiesa el poeta Alfonso Álvarez de Villasandino haber escrito para juglares; y sin embargo ninguno de estos romances ha parecido entre sus obras. Con el arcipreste de Hita, sucede lo propio; y con el autor de *Las Lágrimas de Angélica*. No parezca extraño. De la poesía popular se acuerda únicamente el sábio marqués de Santillana, para decir que los que la cultivan «son aquellos que, sin ningunt orden, regla, ni cuento, facen estos *romances é cantares* de que la gente baja é de servil condición se alegra». Y clama Juan del Encina porque jamás se confundan el poeta y el trovador, poco hábil este último para reparar en una sílaba ó dos de demasía en el pie, y no nada atento á que sea bueno ó malo el consonante. Es decir, que la gala y corona del romance octosílabo, la asonancia, antiquísima y peculiar de nuestra lengua, se rechazó una y otra centuria por los ingenios de la corte, embotado en ellos el oido español á fuerza de leer y estudiar á los italianos y provenzales [15].

Pero sonó la hora en que una reina de levantado corazón y ánimo purísimo, quiso que fuese España, y España fué. Mandó que bajaran de sus castillos los señores feudales, y descendieron y se acabaron. Deseó que en lugar de cien tiranos España tuviera una madre, y la tuvo. Puso la mira en que la lengua española resplandeciese en toda su grandeza, y resplandeció. Las grandes ideas hacen grandes á los pueblos, grandes á las generaciones, grandes á los individuos; así como las ideas menguadas envilecen y aniquilan á los

individuos, á las familias y á los pueblos. Las fecundas ideas escritas en los estandartes de los Reyes Católicos, levantaron las ciencias, las letras y las artes, á un punto que ni le tuvo ni ya le tendrá igual nuestra historia.

Habíase ido reconcentrando en Granada cuanto de literario y artístico trajeron asiáticos y africanos, cuanto de la antigua civilización visigótica guardaron amorosamente los muladíes y mozárabes [16], cuanto del norte de Europa les comunicaba su amistad con los cristianos de frontera. Nunca pueblo ninguno, como el de las orillas del Darro, poseyó mayor tesoro de preciosas tradiciones, de profundas máximas filosóficas, imágenes orientales, y dichos galanos, pintorescos y agudos. Cada castillo, plaza, calle ó jardin, cada pago, aldea y encrucijada, eran un poema vivo, donde lo pasado y lo presente enardecían la poética imaginación andaluza. Pues todo ese caudal vino á ser propio de la musa popular castellana, y á gastarse pródigamente, luego que la cruz victoriosa resplandeció en las almenas de la Alhambra.

Entonces y como por ensalmo se convirtieron los romances de frontera en romances moriscos, porque esta gente, vencida y subyugada cuando ya de hecho y por completo era española, supo á fuerza de ingenio hacerse lugar en la estimación de sus amos. Divertíase cantando sus novelescas historias de familia; y convidaba, para que las oyeran en sus leilas y zambras, á insignes mancebos castellanos afiliados en las banderas de Apolo y Marte. Dícelo bien el autor de *Las Lágrimas de Angélica*, Luis Baraona de Soto, ponderando el raudal de poéticas inspiraciones que halló en los moriscos solaces.

Fundidas, al parecer, con las de los cristianos vencedores

las creencias de los moros granadíes, se identificaron las costumbres y gustos de unos y otros, aunque á primera vista desconformes; y junto á los cristianos héroes homéricos de la guerra de Granada, aparecieron en los vergeles de la literatura vulgar, las familias y caballeros moros, sus contiendas civiles, el encono de zegríes y abencerrages, las cañas y torneos de Bibarrambla, los celos é intrigas del serrallo, venganzas mujeriles, trágicos amores, príncipes degollados por sus propios hermanos y tios en el patio de los leones, ó encerrados para siempre en ignorada cárcel; los abencerrages fugitivos ó muertos; las bizarras y mal cumplidas ofertas de Reduán; Yuzaf III debiendo á su pericia en el juego del ajedrez la vida; Boabdil salvado por su madre, descolgándose por una de las ventanas del alcázar. En vano recelosa crítica ha supuesto invencion de acalorada fantasía muchas de estas historias, cuando recientes documentos las sacan verdaderas. Los romances fueron el recurso popular para conservar las tradiciones históricas. ¡Hoy cuán poco sabríamos sino hubiera sido por ellos! Desdéñelos enhórabuena el excéptico vanidoso; la crítica de buena voluntad sabrá ponerlos en su punto.

En tanto que, por la complacencia que halla el hombre en extraños contrastes, ya la musa de Garcilaso olvidaba la espada y el arnés por la zampoña pastoril y el tosco pellico, en mitad del bélico estruendo; y ya cultivaba el césar Cárlos V un huertecillo en su celda de Yuste, con las propias manos que cogieron tantos laureles en Alemania y Francia, en las arenas de Libia y á las márgenes del Po y del Tesino,—la musa popular vestíase á la morisca; y representando envidiables hazañas, conservando hermosas tradiciones, fué

parte integrante de la sublime epopeya castellana. Imitaron su ejemplo los caballeros de capa y espada, en los cármenes del Jenil; y rebozándose poéticamente con alquiceles moriscos, hicieron revivir los amores de Adalifa y Abenáhmar, de Lindaraja y Azarque, y las bizarrías de Gazúl y Albayaldos, á fin de retratar sus propios afectos en los de tales figuras. Ocasión grande para que la musa erudita y la musa popular se uniesen en muy fraternal y eterno abrazo. Allí, pues, donde las flores de toda la redondez de la tierra hallaron propio asiento y hacían de la ciudad un paraiso, vino á su última perfeccion el romance octosílabo asonantado, que resonó en la lira de San Agustin y de Vincencio de Córdoba, en los himnos de la Iglesia, en los salmos de los mozárabes, en las cantilenas de los guerreros, y que el pueblo siempre tuvo en sus labios.

Combináronse como nunca, para ello, felicísimas circunstancias.

Una familia, descendiente de reyes y de inquietos príncipes moros, vivía en la hechicera ciudad del Jenil, ricamente heredada, porque, sintiendo hervir la antigua española sangre que por sus venas discurría, abrió los ojos á la luz de la fe y abrazó la noble causa de la restauración y unidad de la patria. Los hijos y nietos del alcaide y adalid de Guadix y Baza (primo del rey Zagal, y bautizado secretamente en el real de Santa Fe y en la misma tienda de los católicos monarcas Doña Isabel y D. Fernando, á quien ayudó hasta el fin de la guerra) necesitaban corte á su alrededor, y humo de lisonjas y de alabanzas, y tener obligados á no pocos y llenos de esperanzas á muchos. D. Alonso de Granada Benegas, generacion del bravo alcaide, y su hijo D. Pedro

y su nieto D. Alfonso, emparentados con las más ilustres familias de España, hallaban cuando volvían de las guerras de Italia y Flandes, el apetecido cortejo y fausto, en una costumbre á la sazon en boga, que nos vino de Milan y Florencia. Así como los Omeyas de Córdoba tuvieron famosas reuniones literarias, y como los moriscos ahora sus zambras y leilas, es decir, alegres fiestas de poesía, música y baile por la tarde y por la noche, los caballeros Granada Benegas patrocinaron academias poéticas en su magnífico palacio. Puesto en el centro y en lo más llano de la ciudad, rodeado por muy amenos jardines, bello en sus salas y patios, con muros de encaje, y laberintos de columnas sustentando templetes de filigrana, como sobre su cabeza las ninfas griegas lindos canastillos de flores, rivalizaba con aquel encantador ensueño de la poesía, realizado fantásticamente por la arquitectura en el Alhambra.

Aquí el tierno Gregorio Silvestre, el docto Gonzalo de Berrío, el milagroso Arjona, el culto Gregorio Morillo, el galano Andrés del Pozo, y D. Martin Silvestre, sazonado en lo cómico y lírico; Pedro Rodriguez de Ardila, impresor y librero, pero todavía más aventajado poeta; el afamado Barahona de Soto, y el ameno Agustin de Tejada Paez; Doña Juana de Espinosa, por quien se dijo que las Gracias eran cuatro, y diez las hermanas de Apolo; y por último, el anfitrión Don Pedro de Granada Benegas, emulaban las canciones de Petrarca y de Herrera, las odas de Garcilaso y Luis de León, y las antiguas trovas castellanas. Aquí el épico Arenas, el erudito Soler, predilecto de Arias Montano; el maestro Baltasar de Céspedes, y el negro Juan Latino, pulsaban con sorprendente habilidad la lira de Virgilio y de Horacio. Aquí, en fin,

todos esos poetas y otros muchos de que apenas hay memòria, y á quien se debe la creación de la no bien estudiada ni conocida escuela granadina, formaron el *Romancero de romances moriscos*, parecido á las urnas de sándalo, que guardan su fragancia toda la vida. En los tamborcillos y lililíes, en los alquiceles y marlotas, en las alcancías y cañas de tales romances, se percibe aún el aroma que exhaló Granada al abrir sus puertas para recibir á Isabel la Católica, aún el suave olor de las últimas flores árabes de los cármenes del Darro, aún el perfume de los regalados baños del Haxariz, y de los áureos pebeteros de la Alhambra.

La lengua llegó en tales rasgos á una perfección envidiable; y por ellos el amor patrio, uniendo en un campo mismo voluntades antes discordes, se apresuró con el *Romancero general* y con el *Teatro*, hijos ambos del idioma y del metro verdaderamente españoles, á erigir el propugnáculo más firme contra los que reniegan de las antiguas glorias, por quien España inmortalizó su nombre en la historia del mundo.

Eso hicieron los romances moriscos; y tanto debe á los naturales hechizos de Granada y á las circunstancias que allí se combinaron, la cuerda más regalada y apacible de la lira española. ¡Ojalá el cielo me hubiera concedido entendimiento y ciencia, para desarrollar esta tésis que os anuncié, con el acierto y novedad dignos de vosotros y de tan sabio y autorizado concurso!

Hay en la ciudad donde nací un ameno sitio, al pié de las dos montañas que divide el claro río de las arenas de oro. Un magnífico edificio de mármol, en cuyo adorno lozaneó el arte de Miguél Angel y Benvenuto, se ha hecho dueño del más bello punto de vista; abriendo para gozarle á todo su sabor, y

con desprecio de la solidez aparente, un atrevido balcón en el mismo ángulo oriental de la casa. Abisma nuestra contemplación el panorama que desde allí se descubre: las angosturas del profundo río, cubiertas de limoneros y avellanos y enguirnaldadas con azucenas y rosas; los escalonados huertos y cármenes, donde el rumor de fuentes y cascadas hace armonioso concento con el de los plácidos ruiseñores; á la diestra mano, sobre la tajada cumbre, el mágico palacio de Boabdil; y en otras más altas, Genalarife y Darlarosa. Enfrente, y hacia la mano izquierda, írguense los castillos del bereber Aben Habbúz, los romanos muros de Ilíberis, las apiñadas casas de la Alcazaba Nueva y del Albaicin, entre breves jardines, como palomas sobre mullido césped. Y por corona de todo el cuadro, un cielo transparente y azul, y las sierras de perpetua nieve, que por la deliciosa cañada envian frescos airecillos y balsámica fragancia de azahares y jazmines. Acertado anduvo el arquitecto al esculpir con grandes y airosas letras en el friso de aquel balcón angular este elocuente epígrafe:

ESPERANDO LA DEL CIELO.

Es una gran verdad: únicamente en las indescriptibles mansiones de los bienaventurados, ha de hallar otra que la supere, tan deleitosa vista.

Inscripción idéntica se podría poner sobre las ebúrneas tapas del libro que contuviese una muestra de los buenos romances engendrados al calor del sol de Granada, en aquellos pensiles y jardines, ó inspirados por glorias y recuerdos andaluces. Quien se apaciente en sus regaladas armonías y en su

mucha hermosura, únicamente puede esperar otra superior que las venza: la del cielo.

He llegado al fin que me propuse. Dejo, sin recorrer casi, el extenso campo con que brinda la materia elegida por el nuevo Académico. Pero así como él discretamente se ha ceñido al punto teórico, sin extenderse á digresiones, yo debo seguir su ejemplo y no abusar más de vuestra indulgencia. Debo tambien acelerar el momento en que tome posesion de la silla que le otorgais, el autor dramático, el biógrafo de Moreto y de Alarcón, y de dar yo el nombre de compañero queridísimo á quien Dios me destinó por hermano; estrechándole, en hora tan solemne y en presencia de tan ilustre concurso, jubilosa y apretadamente contra mi corazón.

NOTAS.

[1] Gonzalo Argote de Molina, *Nobleza del Andaluzia*, II, 233; folio 336.—D. José Amador de los Rios, *Obras de Don Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana:* serranilla VI, página 472.

[2] *Cancionero general*, Amberes, 1557, folio *ccviiij*. Por errata puso *Morayna;* y D. Agustin Durán la reprodujo (I, 1), sin ver que allí mismo deshace el yerro la antiquísima *Glosa de Pinar á este romance:*

Y apartada de Forayma,
Quien á mí solia guardar
Porque tenga que contar,
Yo m'era mora Morayma
Morilla d'un bel catar.

[3] «Un pueblo, vecino de otro á quien halló superior siempre en cultura intelectual, y debió la mayor parte de la suya propia, tiene adquirido el hábito de copiarle y remedarle en todo. Eso pasa hoy mismo entre los moros andaluces, por sus relaciones con los gallegos (los cristianos de Castilla y Leon); pues tú los verás cuánto se les asemejan en los trages y atavío, y en usos y costumbres, llegando al extremo de poner imágenes y simulacros التماثيل en el exterior de los muros, dentro de los edificios, y en los aposentos más retirados. Quien observa esto con ojo de sabiduría, lo habrá de estimar resultado forzoso de extranjera superioridad y predominio. Pero el imperio es de Dios. ¡Cuán cierta la máxima vulgar, de que segun el rey, tal el pueblo! Ningun pueblo tiene más religión de la que mira en su príncipe». Ibn Jaldún, *Prolegómenos*. Véase el texto árabe, en el tomo XVI, página 267 de la excelente publicacion intitulada: *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Impériale, et autres bibliothèques, publiés par l'Institut Impérial de France.*

[4] Si no fuese un hecho histórico y artístico evidente, el de que esos personages representan los diez primeros granadinos reyes nasaritas, puesto fuera de duda por el testimonio del diligente y veraz Gonzalo Argote de Molina; por el gran D. Diego Hurtado de Mendoza, hijo del conde de Tendilla, primer alcaide de la real fortaleza de la Alhambra; y por Hernando del Pulgar, soldado y cronista de Fernando V é Isabel I, á cuyo lado se

halla en el día que pisa vencedora esta reina el palacio de Boabdil, tendría suficiente la crítica juiciosa con ver los escudos de armas que explican y autorizan el cuadro. Muestran la banda bermeja en campo de oro; y bien se sabe que tales blasones pertenecen al linage y dinastía de Alahmar, que dió veinte y un príncipes al solio de Granada. Retratos de todos ellos debió de haber en tan importante galería, supuesto que allí el Rey Católico hizo añadir el suyo (Jimenez Paton, *Discurso de los tufos*, 4 v.). Ni de esta circunstancia ni del paradero de tales obras de arte, hallo memoria en nuestros historiadores granadinos.

5 *Nobleza del Andaluzía*, II, 38; folio 180.

6 Aproxímase á ella todo lo posible, hacia 1344, el palaciano Rodrigo Yañez, cuando en el lenguaje del riñon de Castilla dicta su rimada Crónica de Alfonso XI. Allí la musa popular aviva é inspira muchas escenas, en lo ingenioso y dramático. Y sea ejemplo de ello la del rey Albohacén de Marruecos, cercando á Tarifa y queriendo comprar la fidelidad de dos caballeros, que el alcaide le envia para concertar una tregua:

Dis el Re á los caballeros:
«Dar vos quiero doblas é oro».
Dexieron los menssageros:
«Dios vos dé vida, Rey moro.
»Non queremos vuestro aver;
Dios vos dé honra é bien:
Non es nuestro de faser,
Sennor Rey Albofaçén.
»A Rey somos naturales
Que nos da cuanto queremos;
É nos non somos yoglares
Que vos algo demandemos.
»Mas val' honra que tesoro,
Segund disen los antigos.
Con vuestra graçia, Rey moro».
—«Váyades á Dios, amigos».

Inclinandose ya en pro de Alfonso la batalla del Salado, insta al marroquí un su vasallo porque se escape á toda prisa. El cronista rimador no descuida avalorar con frases árabes el lenguaje dramático, primor que usa despues, segun verémos, la cancion de Antequera:

«En mientra que sodes vivo
Pensad de vos arrancar.
O de muerto ó de cativo
Non podedes escapar».

El Rey dió una voz fraca.
Et Don Arif' dixo: «*¡Barra,*
Mis moros! Mor taricaka.
Amxi, amxi. Torke alcarra.
»Tomemos del mal el poco,
Pues nos vino cuyta fuerte.
Non tienen home por loco
Si puede füir de muerte».

Lo árabe segun el Sr. D. Eduardo Saavedra, mi dulce amigo y compañero, tanto vale como: "Afuera mis moros. Deshaz (oh Príncipe) tu camino. Vete, vete. Abandona el campo de batalla".

7 *Nobleza del Andaluzía*, II, 116; folio 237, vuelto.

8 Códice del siglo XVI.—*Cancionero llamado Flor de Enamorados, sacado de diversos Autores, agora nueuamente por muy lindo orden y estilo copilado. Por Iuan de Linares*: 12.°, Barcelona, 1681. No sé que desde entonces ningun impresor ni literato haya reproducido ni mencionado este romance.

Consultados mis doctos amigos los Sres. Fita, Simonet y Saavedra, hallo que las palabras árabes se han de interpretar así:

Alá çulay, الله صلاحي *(Aláhu salahy)*, "Dios es mi paz". Ó الله عليك *(Alláhu aláiki)*, "Dios sea contigo".

Çalema, سلامة *(Salema)*, Y contigo "la paz". Rectamente vale "Salud".

Alçarrán, القرّان Flechero, hombre de guerra.

Anizarán, النصران Nazareno, cristiano, contemplador, galán.

A muley, يا مولاي ¡Oh señor mio!

9 Ofrece las octavas de Johán Galindo un antiguo y no publicado códice antequerano, de parte del cual tengo copia. El malogrado y elegantísimo D. Miguel Lafuente Alcántara le disfrutó, y puso para muestra dos estrofas en su linda *Historia de Granada*, III, 209 y 210.

10 Hállase anónimo, juntamente con otros cinco y unas coplas de Boscán, en dos pliegos sueltos, letra gótica, de á principios del siglo XVI, sin lugar ni año de impresión.—*Nobleza del Andaluzía*, II, 168; folio 290.

11 Códice del siglo XVI.—Pedro Barrantes Maldonado, *Illustraciones de la casa de Niebla*, escritas en 1541: VI, 16.—Johán de Timoneda, *Rosa española*, impresa en 1573.—Argote de Molina, II, 217; folio 319, vuelto.

12 *La quinta orden de Mars;* copla CXC.

13 Dos pliegos sueltos, impresos á dos columnas, en letra gótica, sin ex-

presión de año ni lugar, aun no mediado el siglo XVI.—Timoneda, *Rosa española.*—Perez de Hita, *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrages.*

14 D. Juan Valera, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia:* II, 222.

15 Si el pueblo suele vestirse con atavíos cortesanos y llevarlos con gala y bizarría; y si el Romancero y el Cancionero se llegan á confundir en su esencia, hay que deslindar la poesía popular, por el espíritu que la anima, antes que por la forma de que se vale.

Alfonso el Sabio usó de consonantes, en cantigas, cuya forma y distribucion y tendencias son de índole popular.

Durante los siglos XIV y XV el ingenioso D. Juan Manuel, Juan de Leyva, el Comendador Ávila, Garci-Sanchez de Badajoz, mosén Juan Tallante, D. Luis Castelvi, Quirós, D. Pedro de Acuña, el bachiller Alonso de Proaza, y los dramáticos Juan del Encina y Torres Naharro, escriben y con su nombre autorizan romances; pero de índole y forma eruditas. Remedan los antiguos; pero huyen del asonante como de un defecto, empleando en su lugar un consonante mismo, aun cuando sea fácil, rastrero y cansado; ó encadenan, pareándolos, varios é innúmeros, con arte ingenioso que el autor del *Don Quijote* no desdeñó seguir, para algun trecho de sus lindos entremeses. Tan famosos poetas subscribieron tales romances, creyéndolos dignos de su culta y espetada musa, é imposibles de confundirse con los, á su parecer, triviales del vulgo; de otra suerte los habrían dejado correr anónimos.

Francisco de León, Lope de Sosa, Diego de Zamora, Soria, Pinar, Durango, Tapia, Luis de Vivero, Nicolás Nuñez, Diego de Sant Pedro, Don Alonso de Cardona, y otros vates, contrahacen, truecan é imitan los romances viejos; ó se complacen glosando en quintillas dobles algunos antiquísimos, como los del conde Claros, los de

Rosa fresca, rosa fresca,—tan garrida y con amor.....
Fontefrida, fontefrida,—fontefrida y con amor.....
Contaros he en que me ví—quando era enamorado..... &c., &c.

Y aquí es donde á la clara luz del dia se presentan diversas ante nosotros las dos lenguas, popular y erudita, pareciendo (sin que haya lugar á duda) nueva y de hoy la antigua; así como vieja y de los tiempos de antaño la de los glosadores, respectivamente modernos.

El descubrimiento de la imprenta hizo á hombres sabios y generosos, de toda Europa, entrar en deseo de recoger y eternizar las poéticas inspiraciones del pueblo, que se habían ido transmitiendo oralmente de padres á hijos, ya con ganancia, ya con pérdida, segun el entendimiento y mayor ó menor retentiva en quien los cantaba ó recitaba.

Publicada en 1541 la *Crónica general* del Rey D. Alfonso, y notando el pueblo infinitos romances desleidos allí como historia, tomó extraordinaria importancia el Romancero histórico, rehaciéndose y contrahaciéndose muchos de los antiguos, y componiéndose otros por el mismo carril.

Las prensas de toda España, y las sevillanas y granadinas muy particularmente, no daban abasto en satisfacer la curiosidad del vulgo, echando á volar pliegos sueltos de romances viejos y nuevos, á toda hora.

Así ganó prodigioso terreno, y la victoria por fin, el asonante; abriendo los ojos y amansando los oidos á los eruditos, que primero transigieron (como los ilustres Pedro de Padilla y Juan Rufo) dejando que se deslizase con frecuencia por sus galanos romances libre y señero; y aceptándole por último con su entera, propia y característica fisonomía. El rebelión de los moriscos (1568–1571), que reunió en las zambras granadinas á todos los mancebos poetas de España, fué ocasión de que allí recibiese el romance todo el complemento de su gallardía y hermosura.

El asonante venció y empuñó el cetro del *Romancero* y del *Teatro*; y acompañaron su carro triunfal ingenios tan portentosos como Cervantes, Lope de Vega Carpio, Agustin de Rojas, Juan de Salinas, y D. Luis de Góngora y Argote.

De este me han de agradecer los estudiosos que les comunique una muy curiosa y nueva noticia, la de los años en que escribió sus más bellos rasgos, inspirados en los moriscos romances, y contemplando el hechizo de Granada, á vista de ojos, desde los divinos miradores de Genalarife:

1583. Amarrado al duro banco.....
1584. Aquel raye de lá guerra.....
1585. Entre los sueltos caballos.....
1586. Criábase el albanés.....
Ilustre ciudad famosa *(Granada)*.....
1587. Servía en Orán al rey......
1590. Famosos son en las armas.....
1591. Castillo de San Cervantes.....
1596. Levantando blanca espuma.....
1602. En un pastoril albergue.....
Segun vuelan por el agua.....
1613. Cuantos silbos, cuantas voces.....

16 «Islamizados los españoles (dice el orientalista holandés Mr. Reinhart Dozy, en su *Historia de los musulmanes de España*, III, 350) forcejaron en vano por renegar de su origen: dentro de su corazón quedó siempre un fondo constante de ternura, de pureza y de espiritualidad, que no era por título ninguno ciertamente árabe».

DISCURSOS

ANTE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON LUIS FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

EL DIA 13 DE ABRIL DE 1873

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
Isabel la Católica, 23
1873

